

CHM

ANTOLOGÍA

2014-2015



**NUESTRAS MAYORES
CHORRADAS**



Antología 2014-2015

DIRECTOR:
Eustaquio T-Rex

EDITA:
Charmer Productions
Madrid

© Charmers & Charmers, 2015

4/40

Página/Total / Búsqueda de texto / Pantalla completa
Des/activa miniaturas / Vista de 2 ó 1 página

Podemos visualizar la revista en dos página tipo flip (se pasan como si fueran de papel haciendo click en la flecha al margen y podemos moverlos con el puntero por el texto) o en una sola. En este último caso, las páginas se pasan con dos flechas que aparecen a la izquierda del numerador de páginas, y el texto avanza con otra que apunta hacia abajo. Puede variarse el tamaño con dos lupas con los signos + y - grabados.

En modo pantalla completa aparece esta barra de navegación (la lupa y el botón de vista de 2 ó 1 página funcionan igual que arriba)

Zoom Botones de pg.alante/atrás Compartir o descargar

EN ESTE NÚMERO:

Editorial.....	3
<i>La conexión</i> (Bombi & Charlie).....	4
<i>Desventajas del libro electrónico</i> (Mercedes Pinto) ...	7
<i>Ventanas verdes</i> (Nadie Anónimo Pérez).....	10
<i>Razones para no llevar a tu novia...</i> (Galielón).....	11
<i>Tenemos a Cupido</i> (Jorge Urreta).....	12
<i>Tu último relato</i> (Alberto Miguel).....	15
<i>Juegos de guerra</i> (Pepo, el estafalario).....	16
<i>Ausencia</i> (David J. Skinner).....	18
<i>Entre el amor y el sexo</i> (Martius Coronado).....	19
<i>Aventura pirata</i> (Carmen Membrilla).....	22
<i>Amor turbio</i> (JJ Hernández).....	23
<i>Sátiro</i> (Mc Encinas).....	28
<i>Cuestión de márketing</i> (Félix Jaime).....	29
<i>Ese tipo con barba y traje rojo</i> (Carlos del B.).....	38
<i>El baile de máscaras</i> (Enone).....	39
<i>Amor de bolsillo</i> (Bombi & Charlie).....	45



* Silly Roger avisa: si te has bajado esta revista de tantos nidos de piratas como pueblan la red, te han tomado el pelo. Son webs con software malicioso y publicidad que, a menudo, te obligan a registrarte o dar un nº de móvil para bajarte una revista que sus creadores te ofrecen gratis, sin publicidad ni registros, en un entorno seguro: <http://issuu.com/chorradamensual>

© CHM es una revista gratuita y sin ánimo de lucro, cuyo único fin es promocionar a los autores que publica. Las obras que aparecen en CHM son propiedad de éstos, únicos responsables de su contenido. La revista no se identifica necesariamente con sus opiniones individuales. Se permite el enlace electrónico a la publicación y las citas sin alterar e indicando el autor y esta revista como fuente.

Envíanos tus colaboraciones, críticas o comentarios a: chorradamensual@gmail.com



<https://twitter.com/chorradamensual>



<https://facebook.com/chorradamensual>



Editorial

Eustaquio T.Rex

Queridos amigos:

Antes de nada una pequeña fe de erratas de *CHM#9*: el relato de David J. Skinner se titula *Por pura causalidad* y no *Por pura casualidad*, que no es lo mismo sino lo opuesto, y el autor de *Ancianas en la cola del supermercado* es Carlos del B. Iglesias. A cada uno lo suyo.

Para terminar de celebrar nuestro primer aniversario, nos ha parecido una iniciativa interesante publicar la presente antología con los relatos más leídos de este año. Así, quienes aún no nos conocen tendrán un aperitivo de lo que pueden encontrar en nuestras páginas, más que apetecible para combatir los rigores estivales.

Por otra parte, hemos pensado en premiar a nuestros seguidores más fieles con un auténtico ejemplar de colección, ya que durante lo que queda de julio os enviaremos la revista en formato pdf dedicada personalmente a cuantos nos lo solicitéis, contestando a una sencilla pregunta: “¿qué relato/s a lo largo de todos estos meses te ha/n gustado más?” (nuestro correo está al pie de la página anterior). Ya hemos hecho saber en las redes que el próximo número estará dedicado al luctuoso mundo de los zombies, pero podéis aprovechar para proponernos temas para los números subsiguientes, o cualquier otra sugerencia que estiméis oportuna.

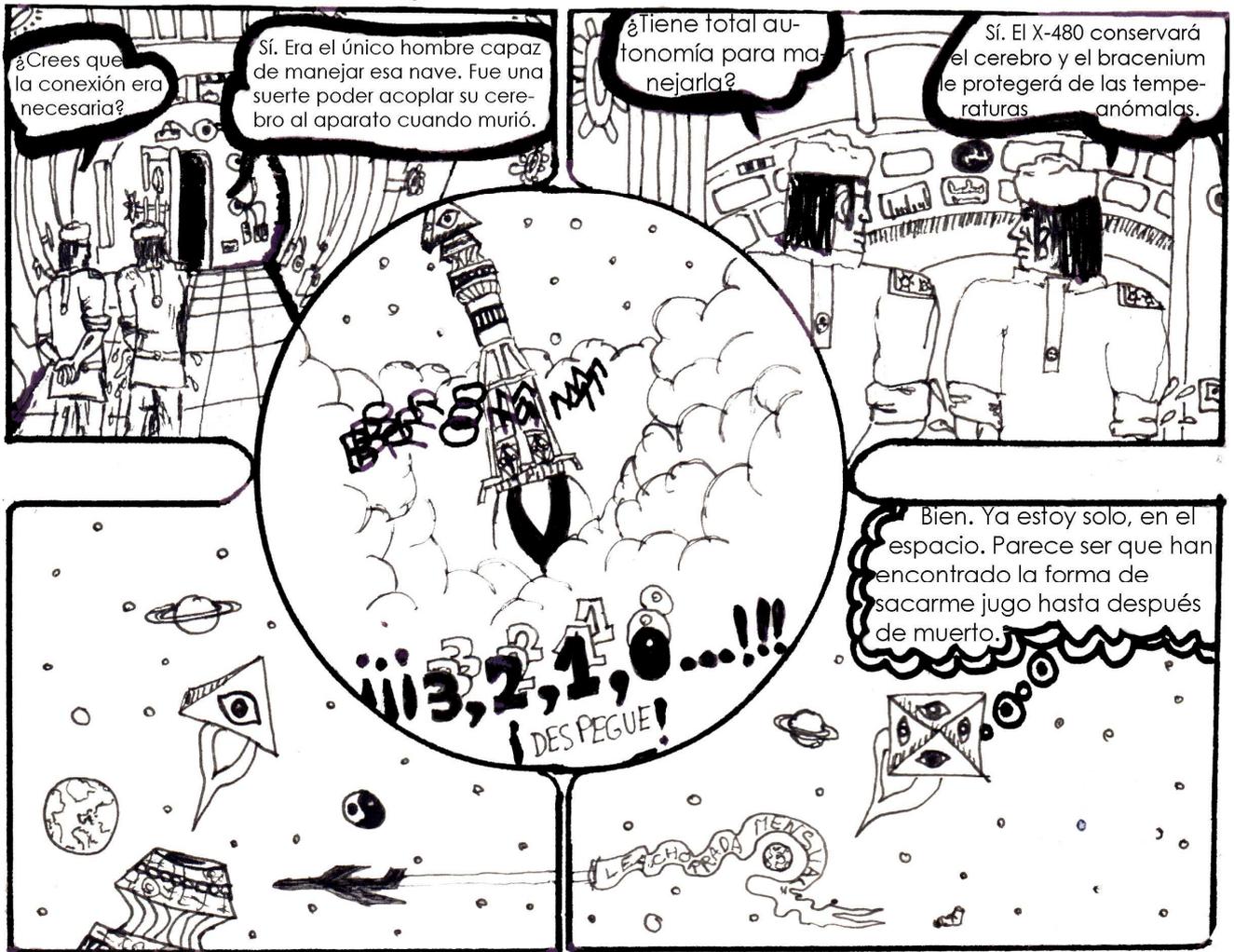
Que tengáis un buen verano. No recuerdo tanta caló desde finales del cretácico superior. Os dejo con una simpática foto de la “fiestuqui” que se montaron Bombi, Alberto, Galielón, Charlie y David para celebrar el aniversario. Cuando llegué ya no quedaba nadie pero, al menos, pensaron en mí: pasaron la cuenta a mi nombre.

Eustaquio T.Rex

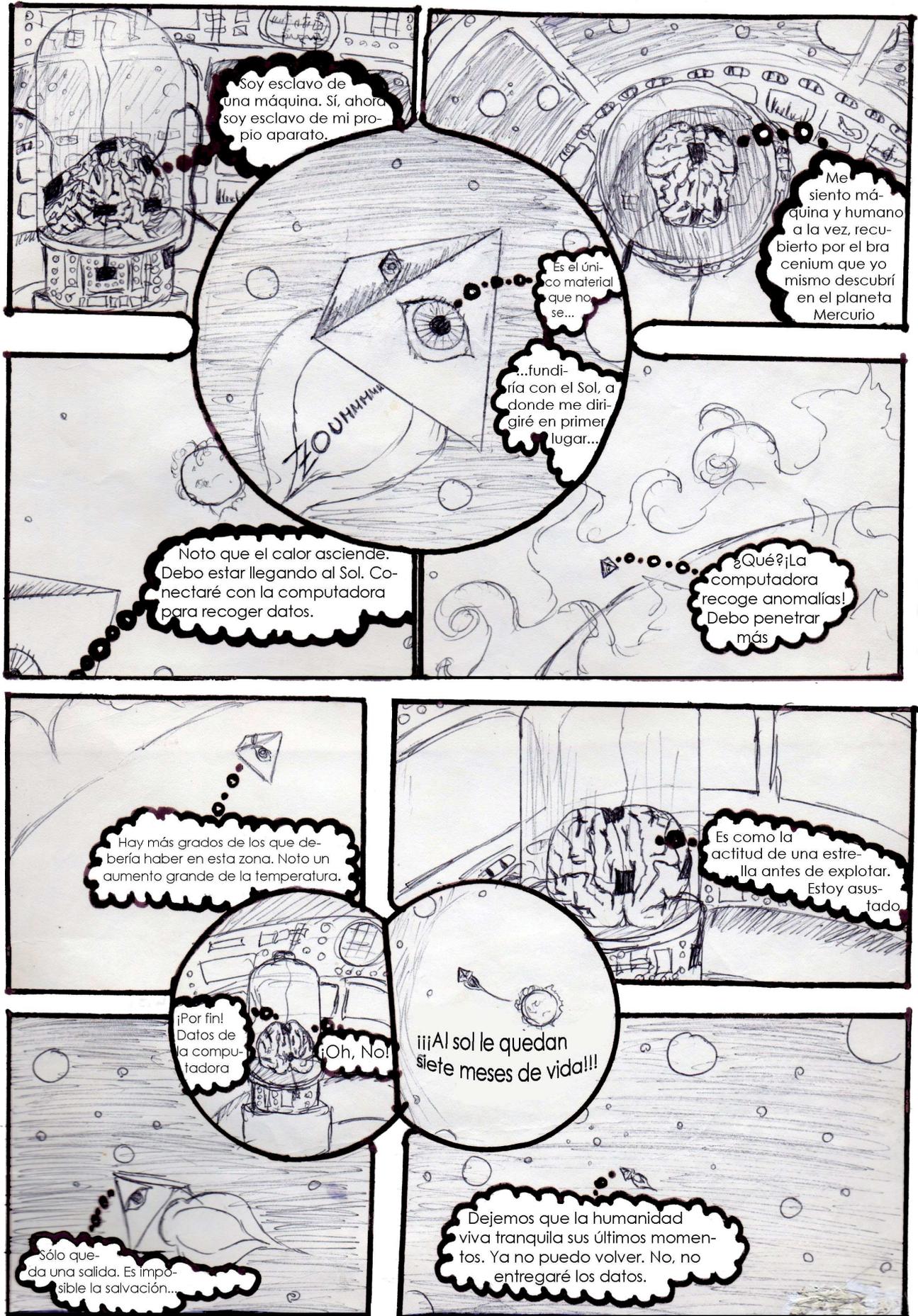


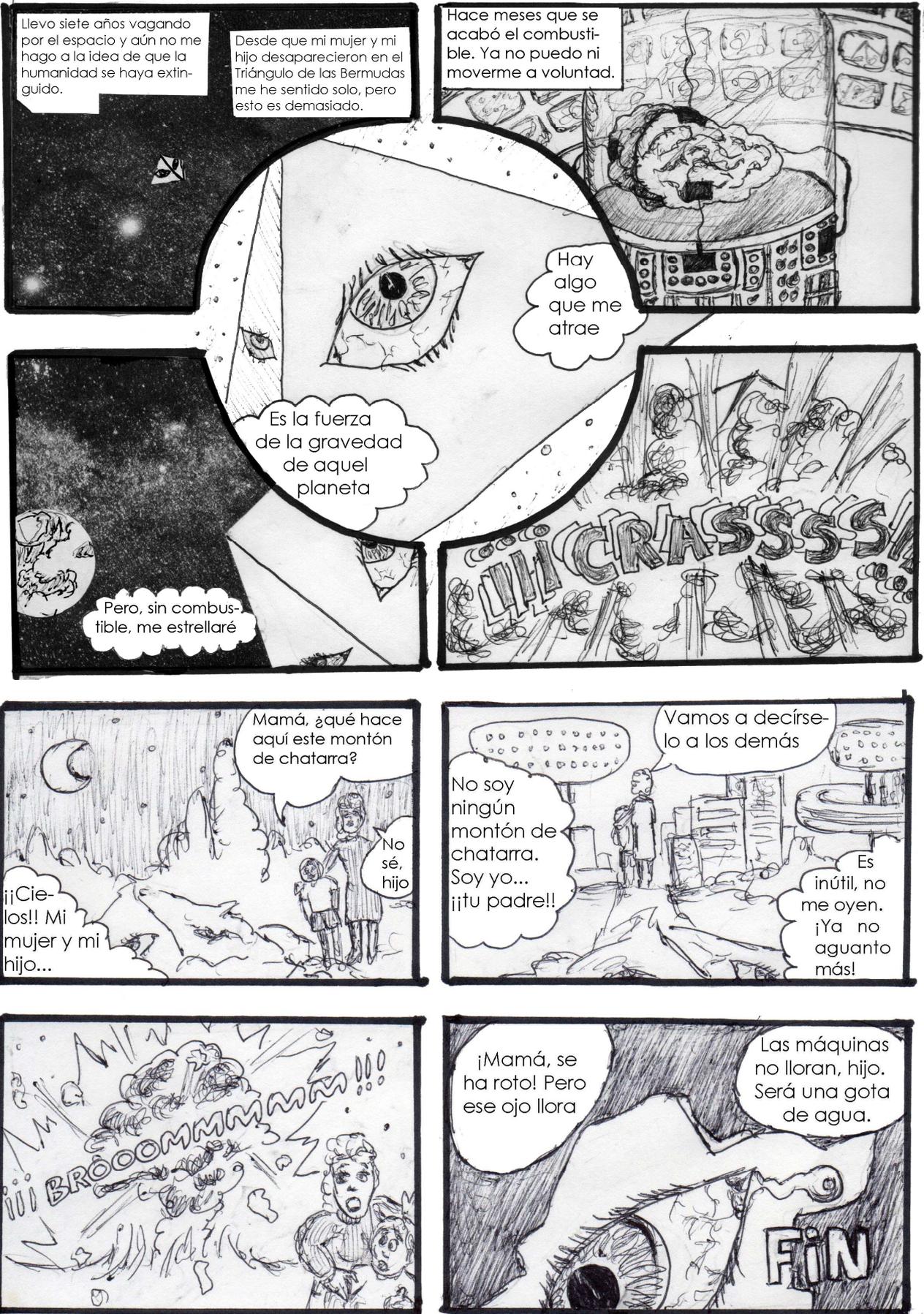
LA GONKIN

Guión: Bombi Dibujos: Charlie



* Publicado originalmente en el fanzine *Chorrada Mensual* (1982)





DIEZ SERIAS DESVENTAJAS DEL LIBRO ELECTRÓNICO

por Mercedes Pinto Maldonado

1ª Si no te gusta su contenido, no sirve para calzar esa mesa que cojea. Alguien lo ha intentado y se cargó la pantalla.

2ª No podrás decirle a tu pareja que no la llevas a cenar porque ya te has gastado todo el presupuesto de ocio y cultura en libros, ahora te sobra el 70% (más tarde comprobaremos que esto no es tanto así).

3ª Cuando vayas al híper, no podrás pararte a hojear el último best-seller en la misma entrada mientras tu pareja corre los cien metros lisos agarrada al carro, tú ya tienes un ejemplar, antes de que el reponedor hiciera malabarismos para amontonar los quinientos libros.

4ª Tendrás que sujetar con una mano el e-book y con la otra el libro en papel (a ser posible abierto) para poder disfrutar de ese placentero olor a celulosa que acompañaba tus horas de lectura. También puede valer comprarse un frasco de “Maderas de Oriente” y dejarlo abierto sobre la mesa.

5ª No podrás limpiarte las manos con hojas de periódico después de comer sardinas, ni encender la chimenea con las revistas que te llevas al baño; está comprobado que el libro electrónico no sirve para estos menesteres.

6ª Tendrás que volver a comprar figuritas en los “chinos”, el e-book no puede rellenar los huecos de tu bonita estantería. También venden libros falsos para esto; quedan muy bien.



7ª Tus amigos tendrán muy complicado saber cuán culto eres cuando te visiten, los libros que guardas en el e-book no son tan visibles. Te quedará el consuelo de que no se irán con tortícolis por haber intentado leer los títulos de los lomos mientras repasaban tu biblioteca.

8ª Lo de dar forma y volumen a ese magnífico bolso de moda que tanto te gusta con el libro más gordo que encontraste en casa de tu hermano, y que ni de coña te piensas leer, se terminó. Ya lo han intentado, no sirve. Aunque resulta muy cool sacar un Kindle del bolso cuando estás buscando el mechero.

9ª Aunque tengas que sufrir que tus amigos te tomen por un pervertido, deberás cambiar cuanto antes la palabra “página” por “posición”. Ahora tendrás que decir “voy por la posición tal de mi libro”, y después aclarar que no estás leyendo el “Kamasutra”. Cuesta acostumbrarse, pero es un hecho, muy pronto la palabra “página” se usará tanto como “papiro”.

10ª Esta es un verdadero problema en tiempos de crisis, pero... No tendrás más remedio que cambiar de souvenir cuando viajes, lo de llevarle un marcapáginas a cada miembro de tu familia, tan socorrido y barato, se terminó, pronto no servirá para nada. También tendrás que eliminar el libro de la lista de posibles regalos, no hay manera de envolver el digital, prestigiosos ingenieros lo están intentando, pero sin éxito por el momento.



No quiero despedirme sin apuntar que si ahora vas a tener que comprar calzadores para los muebles, esencias de "Maderas de Oriente", figuritas para las estanterías, tonterías varias para rellenar el bolso, más servilletas de papel para las barbacoas, souvenir y regalos de cumpleaños más caros... Pues eso, que igual no te ahorras ese 70% del que hablábamos al principio. Así que volverás a tener excusa para no llevar a tu pareja a cenar y poder quedarte en el sofá leyendo tranquilamente, que es lo que realmente nos gusta a ti y a mi, y a tantos seres humanos desde que se inventara la escritura, en piedra, en papiro, en libro o en e-book.

1 .,?

2 ABC

3 DEF

0

▶|◀

4 GHI

5 JKL

6 MNO

□

🔍

7 PQRS

8 TUV

9 WXYZ

↺

↻

M

VENTANAS VERDES

Nadie Anónimo Pérez

Mi percepción de las cosas siempre tuvo un color grisáceo, tirando a oscuro. Las casas, las calles, los comercios, la ropa... todo me parecía exento del color suficiente como para atraerme. La vida parecía teñirse de forma irremisible de una tonalidad neutra, sin vida. La belleza se escondía lejos de lo que percibía, oculta tras cordilleras nevadas de pelusas como las que pueblan la parte superior de los armarios, donde el hogar casi nunca llega a ser.

Todo cambió aquella mañana fresca de marzo, mientras intentaba pasar desapercibido entre la maraña de viandantes que inundaban la calle donde vivo. No sé por qué, pero mi mirada se perdió tras la suya, verde y ausente. El cabello, su cabello, apelmazado y lacio, envolvía su cabeza de forma que no permitía ver con claridad el rostro blanquecino, de palidez enfermiza. Era pelirrojo, tan vivo como las alas de una mariposa, tan brillante que destacaba del mundo y capaz de transformar lo gris en arco iris. No reparó en mí, lo cual debo admitir que no me entristeció. Y es que hay cosas que se disfrutan más desde la admiración y el secreto, donde la realidad no permite destrozarse los sueños ni las palabras derrocar una imagen idílica. Sus pasos fueron mis pasos, sus labios dueños de mis palabras, sus ojos mi ventana al mundo. Una ventana desde la que se percibían multitud de colores distintos, teñidos por el verde y el rojo anaranjado de sus pupilas y su pelo.

Cada mañana, a partir de entonces, bajaba a la calle con la pretensión de asomarme por el tragaluz de su mirada, escondido tras el anonimato, vestido de admiración, ataviado con los sueños de quien no espera más que soñar.

Su andar, intermitente y vacilante, la llevaba cada día a ningún sitio, en busca de alguien como yo, inocente, vulnerable, incluso apetitoso. Un amor imposible y siempre efímero. Por esa razón la admiraba desde la distancia.

Podría asomarme durante una eternidad a través de la ventana de sus ojos, pero jamás abrirla sin ser devorado.

Porque tras sus bisagras me encontraría con el muerto andante en quien se había convertido antes de conocerla

**RAZONES POR LA
QUE NO DEBES LLEVAR
A TU NOVIA A
VER UNA PELI
PARA** **FRIKIS**

BY
GAB

**NADA DE
DISFRACES**

¡NO
PUEDES
PASAR!



¿ESE VA
CONTIGO?

NO

**MOMENTOS
INCOMPRESIBLES**

¡PERO ES
OBVIO!
¡ESTÁ EL
SPOCK DEL PRE-
SENTE DE ESTA
PELI, Y EL SPOCK
DEL FUTURO DE
LAS OTRAS PELÍ-
CULAS, SOLO QUE
TAMBIEN APARE-
CE EN ESTA PELI
Y VIENE DEL
PASADO! ¿ES
TAN DÍFICIL
DE ENTENDER?



**MOMENTOS
INCÓMODOS**

VALE QUE NO
LLORES EN EL
FUNERAL DE MI
ABUELA, PERO ESTO.....

¡QUE HA MUERTO
DOBBY! ¡EL ELFO LIBRE!
¡INSENSIBLE!



**MOMENTOS
DE RABIA**

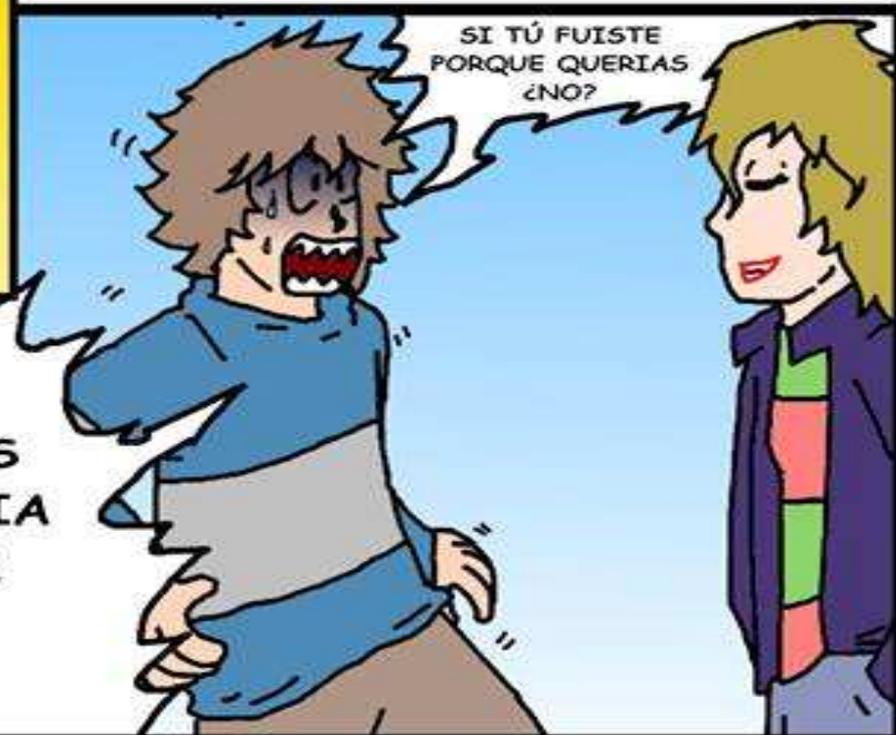
¡PERO CÓMO NO HAN PUESTO
ESA ESCENA DEL LIBRO! ¡ASÍ
ESTO NO TIENE SENTIDO!
¡VAYA MIERDA DE PELÍCULA!



**¡Y TODO ESTO
PARA QUE
AL FINAL TE
LO SAQUEN
EN CARA!**

SI TÚ FUISTE
PORQUE QUERIAS
¿NO?

¡¿CÓMO QUE
HOY CÓMEMOS
CON TU FAMILIA
PORQUE AYER
FUIMOS AL
CINE!?



TENEMOS A CUPIDO

Jorge Urreta

—Lo que hasta ahora parecía un chiste en las redes sociales acaba de tomar un cariz muy distinto —dijo el presentador de las noticias de la mañana—: una mujer de nacionalidad aparentemente española afirma tener secuestrado a Cupido. Amenaza con terminar con la vida del querubín y no pide ningún rescate. Escuchen el mensaje que ha dejado en el contestador automático de nuestro servicio de noticias esta misma mañana

A Julia se le atragantaron los cereales del desayuno al oír la voz de la secuestradora y un pequeño chorro de leche se desvió por su nariz mientras luchaba por no ahogarse. Una persona normal supondría que aquello era una noticia ficticia, una broma macabra, o incluso un chiste, pero ella sabía que era real, porque explicaba muchas cosas, entre ellas lo que su prima Julia llevaba tres días haciendo. Una semana antes, tras romper con su enésimo prometido, la había visto muy rara y llevaba unos días enviándole whatsapps crípticos que habían empezado a ser preocupantes.

Parecía bastante evidente que su prima había decidido pasar a la acción y hacer lo que otras antes habían soñado: dar una lección a ese querubín burlón que las empareja con perdedores que acaban decepcionándolas. Pero sabiendo que tal personaje en realidad era solo una leyenda, o incluso la invención de un centro comercial, ¿a quién podría haber secuestrado Lucía?

La única manera de saberlo era acudir a la propia fuente, lo que la obligaría a visitar a su prima, cosa ésta que no le hacía especial ilusión. Desde aquel último desengaño, se había vuelto más huraña que de costumbre, lo que la confería un hálito de peligrosidad en cuyo rango de influencia no quería estar bajo ningún concepto, pese a que adoraba a su primita.

Llamar por teléfono se reveló inútil en cuanto Julia se topó con la habitual locución automática que indicaba que su interlocutora tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura, con lo que solo le quedó la opción de ir en persona a su casa.

Nadie respondió al timbre de la puerta ni a los golpes que dio a ésta, pero al otro lado se oían los pasos sigilosos de alguien que pretendía hacer como que no estaba en casa. Intensificó los golpes con la aldaba, al tiempo que interpelaba a Lucía.

—Lucía, sé que estas ahí dentro, te estoy oyendo caminar. Sabes que el sigilo nunca fue tu fuerte —Julia tuvo que hacer una pausa para evitar la risita que le producía imaginar a su prima, de

unos noventa kilos de peso, tratando de moverse con la gracia necesaria para no hacer ruido—. No me obligues a avergonzarte delante de tus vecinos.

—Deja de armar escándalo —dijo Lucía tras abrir la puerta y meter a su prima en casa—. ¿Se puede saber qué cojones te pasa?

—¿Dónde le tienes?

—¿Dónde tengo a quién?

—Al pobre hombre al que has confundido con Cupido. Ya sabía yo que no podría salir nada bueno de que el día de San Valentín coincidiera con el Carnaval.

—¿De qué coño estas hablando?

—Sé que has sido tú. He oído tu mensaje sobre el secuestro en la radio. Tu voz es inconfundible.

—No sé de qué me hablas.

—Venga, mujer, no me tomes por tonta. ¿Dónde está?

—Vale, te lo mostraré, pero sólo si me prometes que no te volverás loca y dejarás que haga mi presentación.

—¿Tu qué?

—Tú deja que haga lo que tengo que hacer y confía en mí por una vez.

Julia se dejó llevar a otra habitación, y allí no pudo evitar una mueca de horror al ver amordazado a quien parecía nada más y nada menos que un niño de corta edad —no más de cinco o seis años— disfrazado de Cupido.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó muy alterada—. ¿Ahora secuestras niños disfrazados? ¿Sabes lo que te puede caer por algo así? ¿Y no has pensado en lo desesperados que estarán ahora sus padres?

—Me has prometido que me dejarías hacer mi demostración. Ahora confía en mí como has prometido.

A regañadientes, Julia asintió mientras su prima recogía del suelo el pequeño carcaj que reposaba junto al maniatado niño. Estaba vacío, o eso parecía, hasta que Lucía metió su mano dentro y sacó una brillante flecha. Lo más curioso de aquel sinsentido era que no parecía una flecha de disfraz de Cupido, de plástico y con una ventosa en la punta, y tenía un brillo extraño que procedía a la vez de todas y de ninguna parte.

— ¿Qué demonios es eso?

—Tienes la misma cara que yo he puesto cuando lo he descubierto. No es un niño y creo que esto lo deja bastante claro.

—Pero, si lo que dices es verdad, entonces tienes al verdadero Cupido aquí. ¿Qué pretendes hacer?

- Respóndeme a una pregunta: ¿qué tal te ha ido en lo económico hasta ahora?
- No muy bien. Me quedan tres días para el próximo pago de la hipoteca y no sé cómo voy a llegar con un sueldo de camarera.
- ¿Y en el amor?
- Sabes que peor. Si no fuera por eso no tendría esa hipoteca sobre mi cabeza.
- Entonces, tengo la solución a todos nuestros problemas.

Julia nunca hubiera imaginado que su prima, tímida y apocada, hubiera podido desarrollar semejante plan en solo una semana, pero resultó de verdad ser la solución a todos sus problemas, tanto amorosos como económicos.

Con Cupido atado y amordazado, el amor pasó a ser cosa de ellas. En pocos meses se convirtieron en las empresarias emergentes más ricas del mundo, gracias a la web de citas que organizaron y que se anuncia como la única con un 100% de efectividad, gracias, aunque esto solo lo saben ellas y cierto querubín secuestrado, a unas cuantas flechas mágicas. Si alguna vez has buscado pareja seguramente te la habrán recomendado, y sino deberías visitar infodarling.net, la web para solteros desesperados.



TU ÚLTIMO RELATO

por Alberto Miguel

Te encuentras solo en casa. Has visto en las noticias que un asesino en serie andaba suelto, y no quieres correr riesgos. Las calles están vacías, y los comercios han cerrado. Es una noche gélida de invierno, y el peligro del asesino agrava la situación. La televisión no ofrece entretenimiento alguno, y el cansancio posibilita que el sueño se apodere de ti. Duermes plácidamente cuando escuchas un ruido extraño. Despiertas sobresaltado. La televisión sigue encendida, y piensas por unos instantes que el ruido procedía de ella. Pero quieres asegurarte. Te levantas del sofá y vas a tu habitación. Presionas el interruptor de la luz, pero tras unos instantes se va. Parece que has sufrido un apagón, pues la televisión tampoco está encendida. Recuerdas que tienes una vela en el cajón de la mesilla de tu habitación. Avanzas a oscuras lentamente para no chocarte. Escuchas otro ruido cerca de ti. El miedo se apodera de la situación. Coges velocidad. Recibes un golpe en la nuca y te derrumbas. Respiras con dificultad. Te arrastras para escapar, intentando aprovechar la oscuridad para desorientar al que te ha golpeado. Crees que lo has conseguido cuando impactas ruidosamente contra la pared. Escuchas pasos apresurados corriendo hacia tu dirección. Tanteas el suelo en busca de algo para defenderte. Encuentras el mando de la televisión, pues te lo habías llevado a la habitación. Te levantas y golpeas a ciegas, sin acierto. Consigues darle, pero él responde con un puñetazo. Respondes con una patada que le aparta la distancia suficiente para que eches a correr. No sabes dónde estás, pues la oscuridad es absoluta. Tanteas la pared buscando un escondite. Mientras lo haces topas con una mesa y accidentalmente tiras un vaso al suelo. El estallido delata tu posición. Intentas escapar cuando una mano sudorosa te agarra. Sientes la fina hoja metálica de un cuchillo clavándose en tu cuello. Respiras aceleradamente. Aprovechas la oscuridad para darle en la cabeza. Sientes cómo el cuchillo se aleja de tu cuello. Te agachas y escapas. No sabes qué hacer. Otra vez avanzas a oscuras. Divisas un pequeño rayo de luz y recuerdas que la ventana está abierta. Piensas que debes escapar por allí, pero el asesino piensa igual. Avanzas aceleradamente intentando salvarte. No eres capaz de pensar, pues el miedo bloquea tu mente y te hace más vulnerable. Escuchas pasos acercándose. Aumentas tu velocidad, intentando no chocarte. Llegas a la ventana. Te das un impulso para salir, pero el asesino te agarra del pie y tira fuertemente. Intentas librarte, pero es fuerte. Empujas y consigues salir, pero aún tienes el pie agarrado. Con la otra mano el asesino te hace una herida en la pierna con el cuchillo. Te suelta e intentas escapar, pero no puedes correr con la herida. Se abalanza sobre ti, y te deja tum-bado boca arriba en el suelo. Ahogas un grito mientras sientes la fina hoja metálica recorriendo tu cuello. Crees que te lo va a cortar cuando escuchas un sonido que te salva la vida. La sirena del coche de policía suena fuertemente y el coche se detiene. El asesino se va corriendo en dirección al bosque. Un agente le persigue. Otro te ayuda. Pasan los días, y ahora te encuentras, tranquilamente, en tu casa, leyendo este relato. Sin saber que, ahora mismo, el asesino está justo detrás de ti.

Juegos de Guerra

"F-8... ¡AGUA!"

¡UN
TORPEDO! ¡NOS
ATACAN!

¡UFFF! HA IDO DE
UN PELO, CAPITÁN

¡HUMM! VEAMOS...
¡F-2!

¡AJAJ! ¡F-3!

¡MIERDA...! ¡TOCADO!

¿F-2? ... ¡TOCADO!

¡Broom!!!

¡VAYA, AL FIN TE PILLÉ
EL PORTAAVIONES!

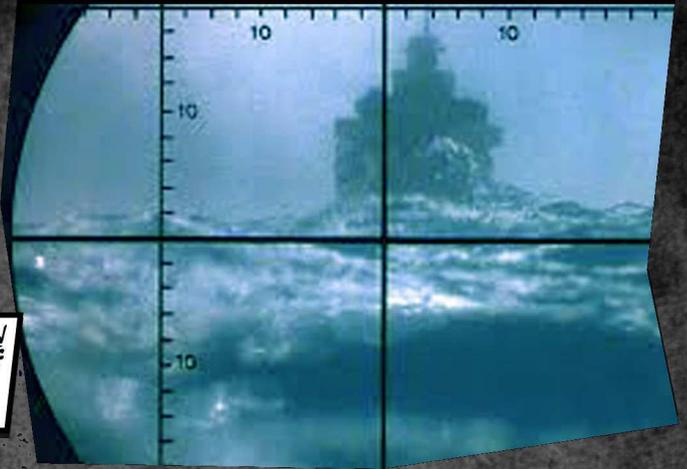
¡F-4! TOCADO
¡F-5! HUNDIDO

¡Bummm!

¡Craack!

¡SÓLO TE QUEDA UN
HUECO! AHORA YA SE
DONDE TIENES EL
SUBMARINO...

¡CAPITÁN, AHÍ
VIENEN OTRA
VEZ!



¡NO HAY
ESCAPATORIA!

CABALLEROS:
HA SIDO UN
HONOR COMBATIR
JUNTO A
USTEDES

¡NIÑOS!
¡A LA MESA!
LA CENA ESTÁ
LISTA...

¡JO, NO
HAY DERECHO!
¡YA TE HABÍA
CAZADO!

¡AH, SE
SIENTE! DIJIMOS
"HASTA QUE NOS
LLAMEN A
CENAR"...

¿QUÉ HA
PASADO, MI
CAPITÁN?

NO TENGO LA MENOR
IDEA, PERO NO VAMOS A
QUEDARNOS A
AVERIGUARLO.
¡TIMONEL, AVANTE
TODA!

AUSENCIA

David J. Skinner

Un rezagado copo de nieve cayó sobre el suelo y comenzó a desaparecer en contacto con la superficie del asfalto. Edward lo contempló durante todo ese proceso, absorto por cómo la naturaleza disponía del poder para crear y destruir todo a su antojo.

Cuando por fin se dio la vuelta pudo ver otra demostración de lo mismo, aunque la belleza de la nieve convirtiéndose en agua en nada se parecía a las ruinas de aquella ciudad, otrora llena de personas; gente con sueños e ilusiones, con problemas que intentaban solucionar y con objetivos a alcanzar.

Ahora, casi diez años después de que la última persona pusiera un pie en esa urbe, no había nada que dejara en evidencia la antigua vida de la que rebosaba. Si se atreviese a acercarse, tal vez hallaría algún vestigio, en forma de prenda, de sus antiguos moradores. O, quizá —quién sabe—, un diario detallando los últimos momentos.

Pero Edward no iba a dirigirse hacia allí. Todo lo que quería, lo que anhelaba, era poder olvidar que aquello, fuera lo que fuese, había ocurrido. No deseaba saber los detalles, y menos encontrar pruebas de lo que ya era consciente.

Ser la única persona viva en el mundo es duro; lo mejor es intentar ignorarlo y, como ese postrero copo de nieve, desaparecer en el olvido esperando que el próximo invierno haya otra nevada.

ENTRE EL AMOR Y EL SEXO

Martius Coronado

El Amor, con mayúsculas, es la magia de la vida. Su imprevisible encuentro, llena de ilusión la cotidiana rutina del vivir. En un instante, nos inyecta una fuerza melodramática que impregna todo a nuestro alrededor con su mandato de dicha y dolor. Su enamorada presencia, justifica las voluntades más indescifrables y erige las idealizaciones más inmaculadas. Pero también, cuando su hallazgo refulge sólo para negarnos su imposible premio, traza con nuestros despojos las derrotas más paralizantes e inasumibles.

La razón y el sentido de nuestra existencia, parecen develarse como una obviedad que siempre estuvo allí, ignota, nueva y eterna, pero reconocible al instante. ¡Eso dicen que es el amor! Y sin embargo, su efluvio, creador de posibilidades y desdichas, no dura. Su cicatriz y su llama se desdibujan entre el olvido y la práctica. Legando un recuerdo idealizado y maldito con su pérdida, o tras su posesión, la inercia de un querer transformado en costumbre. Desmembrado ya su poder cegador y primigenio, para con cariño y reproches cimentar una pareja. Entonces, tras una larga permanencia, su fruto termina siendo, no más que amor para vivir, como si su grandeza y capitalidad primera, se diluyera en minúsculas letras.

La lírica habla de Amor, la naturaleza de sexo. Pero lo llamativo, es la paradójica actitud de una sociedad que encumbra tanto uno, como prejuiza, regla y remilga su mirada hacia el otro. En sus neuróticas relaciones, deberíamos buscar algo más que el simple reflejo de la costumbre.

El absurdo se sustenta en la repetición, y obedeciendo al ilógico parecer de su naturaleza, se propaga. Pero no por ello llega a tener menos fuerza que la pura razón. Las creencias tienen esa virtud. Sin los fundamentos de una hipótesis, el desentrañado lenguaje que aplicamos al mundo, deja de darle coherencia y respuestas a sus razones más aterradoras. Y como humanos, preferimos un cayado en el que apoyarnos. La seguridad prima por sobre la verdad. Es más fácil seguir el único mapa, que el temor a quedarnos a oscuras, sin saber trazar nuestros próximos pasos. Hacerlo, por ello siempre ha sido una amenaza. Y sus ejecutores, pronto adquirieron el estigma de enemigos.

Las sociedades han unido ambos conceptos por medio del matrimonio y la religión, creando así un ámbito adecuado para que el tabú del sexo sea glorificado con el único fin de la procreación. Pero el amor y el sexo, no es la misma cosa. Su apariencia de moneda de dos caras, ejemplifica su uso más habitual, pero la complementariedad no los transforma en una misma entidad. La repetitiva creencia se impone a la realidad.

La magia, para nuestro pesar, resulta tener dueño e ideología. Y no sólo eso, confina el sexo a simple finalidad primigenia de la propia naturaleza, como si traspasar ese fin fuera una herejía. Pero la naturaleza no se regla, se expresa, y el sexo en su expresión prueba ser mucho más que esa reclusión mojígata, que se avergüenza del divino acto por el que surge la vida y se aterra con el instinto que lleva a prácticas que nada tienen que ver con él. Como si disfrutar e interactuar, no fueran parte esencial del camino de conocimiento que implica la vida misma.

El pudor, probablemente, responda a una evidencia molesta. Nos recuerda que muy en el fondo, no somos más que animales. Singulares, bien es cierto, pero no por ello exentos de acudir a su reclamo. La ofensa es clara para un ser civilizado, que no se lleva muy bien con sus orígenes. La doble moralidad explica el resto. Porque como decía antes, se pueden negar los hechos y la naturaleza, pero estos no dejarán de afirmarse con su presencia. Crear reglas, disfrazar el mundo, pero no lo cambia.

El sexo no es un arrebato permanente, pero sí continuo y con vida independiente al afecto. Es maravilloso unir ambos, pero iluso encadenar el deseo. El acuerdo, la estabilidad afectiva y vital, los prejuicios y la sociedad, unidos al desahogo, pueden mantener el mito de la fidelidad. Pero el instinto no necesita de hechos, sino de estímulos para manifestarse. Bien gracias a la sociedad, estamos acostumbrados a ocultarlos. Pero muchas personas se colarán en nuestros deseos para probar que por mucho que queramos a una, el sexo no acaba en ella. Otra cosa es la frontera que nosotros nos dictemos.

Desear físicamente a un ser humano diferente, a aquel al que le hemos jurado amor eterno, no implica necesariamente que lo hemos dejado de querer. Escenifica que el sexo no atiende a reglas sociales, ni compromisos lógicos, sino a impulsos. Seguirlos sólo tendrá el castigo y la recompensa que nosotros hayamos aprendido a darle.

El compromiso tácito de un matrimonio tradicional es claro, el de una pareja actual en su generalidad no difiere, pero al menos amplía y admite un nuevo espectro de relaciones. Las reglas sociales dictaron el uso de la intimidad, pero no por ello impusieron su inflexibilidad al instinto. Felizmente hoy, parte de esa intimidad inconfesable, es aceptada. Aún así, queda mucha inercia por contrarrestar.

Dos individuos deben decidir libremente sus juegos de cama. Pero el peso de los usos sociales que enlazan matrimonio, fidelidad, sexo, decencia y religión, suelen estar presentes, en todo inicio. Pero como todo juego, cuanto más se practica, más se expresa y se descubre de uno mismo, en ellos. Diez caminos recorridos te enseñaran más de ti mismo, que uno solo, mantenido en

la constancia. Quizá hasta te ayude a apreciar, aquella constancia perdida, que no supiste valorar.

El sexo no es poseer, sino entregarse a unos instintos en los que puede aparecer el amor, pero no siempre es un invitado necesario. Son las formas sociales las que agregan valores, gratificaciones, prohibiciones y culpas, que nosotros hacemos propias. Una pareja no es una propiedad, aunque la civilización patriarcal de la que procedemos lo concibió como un contrato, alimentando ese machismo que sigue generando fanatismo, violencia y muerte, hacia las mujeres. No por nada ha aparecido la violencia de género, en una época de cambio sexual y de roles.

El amor y el sexo son caminos individuales que deberían pertenecer a su propietario, y a aquellos que libremente crucen su encuentro. Unos buscarán el placer, otros la seguridad y la compañía de no afrontar en soledad la vida. Habrá algunos que la escapada a la rutina y a la muerte, justifique sus altos y bajos en una vida carente de mayor aventura. Muchos soñarán, como Platón en su banquete, que la magia verdadera, simbolizada en la unión del amor y el sexo, nos develará una parte perdida de nosotros mismos, un otro yo, no importa el género, que nos justifique y complete para el resto de nuestros días.

Todos lo buscamos, pero al parecer, no con los mismos resultados.



AVENTURA PIRATA

Carmen Membrilla Olea



Quando Celia nació hace dos años y medio, a su madre dejaron de importarle todas las tazas que se pueden romper y todo el tiempo que desaparece en una semana; ni siquiera le importó abandonar su trabajo, tan monótono y aburrido.

Cada mañana se levantaba muy feliz y muy temprano; recogía la casa, preparaba la comida y cuando Celia se despertaba sobre las nueve, su mamá se dedicaba durante el resto del día a enseñarle cuánto valen los besos.

Y así, persiguiendo los besos de mami, fue como Celia aprendió a voltearse completamente, siendo un bebé y a andar y a reconocer formas y muchos colores; los suficientes como para que su mundo sea ya un mundo precioso.

Hay una cosa que no sabe nadie, y es que a Celia le gusta imaginar que es un pirata, con su parche en el ojo, con su timón entre las manos y con su loro parlanchín sobre el hombro izquierdo. Quizá éste sea el motivo por el que adora la inmensidad del mar y por el que nunca se desprende de su pequeña brújula dorada.

Celia no va a clase de ballet, ni de piano; ni falta que le hace. Ella es una aventurera, valiente y vital; así que ya es suficiente con superar los rumbos difíciles recogidos en su cuaderno de bitácora.

"Gracias Celia, por habernos enseñado a vivir"- le repiten sus padres cada día que pasa. Y ella sonríe, asimétricamente bella y ajena a cualquier tipo de crueldad.

Por eso, en los sueños de Celia jamás aparecen batas blancas, ni habitaciones tristes, ni áreas quirúrgicas. Lo que Celia sueña es que su barco pirata surca los mares, que el sol y el viento acarician su cara y que ella siempre avanza lenta y segura hacia un destino de libertad, un lugar en el que ni un solo día de su vida dejará de ser querida.

AMOR TURBIO

JJ Hernández

Con un movimiento suave, el maestro zarandó a su alumno, que abrió los ojos lentamente. El joven alumno se molestó, había estado soñando con una cabra llamada Baalda, con la que había retozado una vez en el prado.

—Vamos, esta noche es especial —susurró el maestro.

El muchacho se levantó, decidido a seguir al anciano mentor hasta donde fuese necesario, siempre que no implicase caminar demasiado, ni discutir con nadie. Estaba cansado, sólo quería volverse a tumbar para seguir soñando con Baalda.

—Está bien, maestro.

En el exterior, el cielo estaba lleno de estrellas que parpadeaban como si quisieran llamar la atención del alumno, demasiado adormilado como para hacerles caso. No eran más que estúpidas esferas de gas que ardían en la distancia, simplemente gas..., y el maestro le había enseñado bien que no debía perder el tiempo en cosas tan triviales.

—Sólo tienes que mirar aquello que pueda regocijar tu corazón —le había dicho el viejo mentor.

—¿Y qué puede regocijar mi corazón, maestro? —preguntó, intrigado.

El anciano se encogió de hombros.

—Pues no sé, el mío se regocija viendo tetas —le explicó.

Y así aprendió él que sólo merecía su atención aquello que tuviese tetas.

Avanzaron por un abrupto camino que ya conocía bien, y a medida que avanzaban entre las colinas, el sonido del mar se oía más fuerte. Pronto divisaron la cala, bañada por la luz de las lunas, que se reflejaban como en un espejo.

—A partir de aquí, silencio —susurró el maestro—. Sólo pasa una vez al mes si el cielo está despejado y no hay gente en los alrededores.

El joven no comprendía del todo qué pensaba enseñarle aquella noche, pero estaba seguro de que, como todas las lecciones, valdría la pena.

—¿Qué piensas enseñarme esta noche, maestro?

Los ojos del anciano le miraron, y una amplia sonrisa ocupó sus labios.

—Hoy te voy a enseñar lo que es el amor —explicó con alegría.

El chico se rascó la cabeza, pensativo.

—Ya me lo enseñaste el otro día con las cabras —recordó.

Aquello pareció contrariar al mentor, que se detuvo un momento, pensativo, y luego sonrió.

—Ah, muchacho, pero es que con las cabras es diferente, el amor verdadero no puede llegar con un animal de granja, el amor verdadero es como la diarrea: Te llega sin avisar, sin darte tiempo a nada, es explosivo, incontrolable... una fuerza de la naturaleza..., y te deja los calzones asquerosos.

—Lo de los calzones... ¿es cosa del amor, o de la diarrea, maestro?

—Generalmente, de la diarrea —explicó el anciano, avanzando con cautela—. Sin embargo, muchacho, hay amores que también te ensucian los calzones, como por ejemplo, mi amor por lamer a la gente; sé que están sucios y me provocan diarrea, pero uno no puede luchar contra lo que ama.

El joven asintió.

—Le entiendo, maestro. A mí también me gusta lamer cosas, recuerdo cuando vivía en la ciudad, mi mayor habilidad consistía en mirar a través de las ventanas, en busca de mozas, y lamer los cristales para indicarles que me parecían bonitas.

Los ojos del anciano mentor se cargaron de orgullo ante las palabras de su pupilo, pero no tenían tiempo que perder. A escasa distancia estaba la orilla, y el viejo le hizo apostarse tras unos pedruscos. A su alrededor había una inmensa cantidad de piedras, y por una indicación del maestro, el alumno empezó a coger algunas.

—Recuerda siempre, piedras buenas para nuestros fines. Las piedras demasiado duras provocan daños graves, las piedras demasiado blandas no tienen el impacto necesario. Es bueno tener un amigo con el que probarlas.

El alumno logró esquivar una pedrada por muy poco, la segunda le acertó de lleno en la frente, y cayó al suelo, atontado.

—Vale, de esta constitución las necesitamos —explicó el maestro.

Bizqueando, el alumno se hizo con un buen número de piedras, que depositó a un lado. El maestro miraba al cielo, y luego hacia las aguas, dejando pasar el tiempo. Pasó una hora, tal vez más, hasta que el viejo mentor despertó de nuevo al joven, indicándole que debía mirar.

Las olas rodaban suavemente sobre la arena, pálida bajo las lunas, dejándose agitar por la suave brisa. El reflejo de los satélites sobre la cala era diferente ahora, estaba roto por un centenar de formas.

—Maestro...

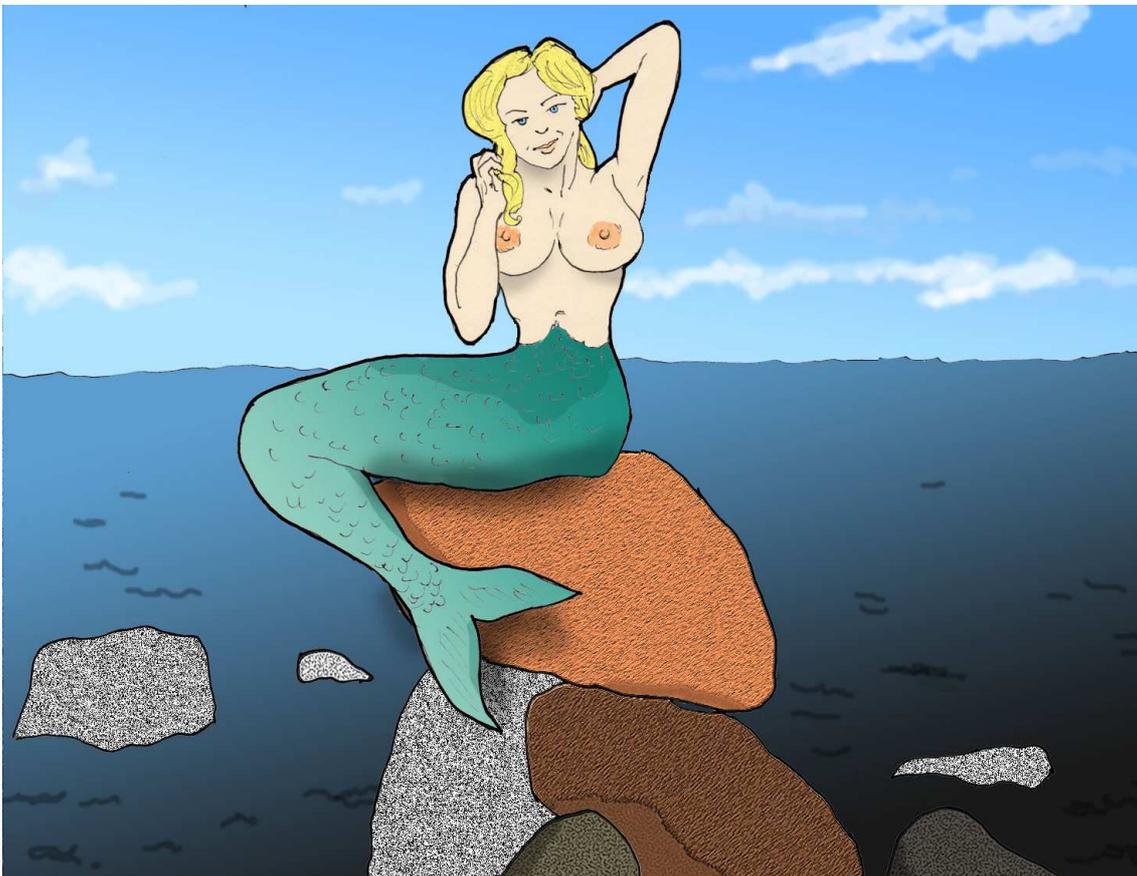
—Sirenas —explicó el mentor, conmovido—, suben aquí para hablar de sus cosas.

Y era cierto, las cabezas humanas parloteaban sin cesar, sus voces dulces llegaban hasta ellos con el viento, mientras que la luz de los satélites hacía brillar sus pieles pálidas.

—Maestro...

—Lo sé, son tetas —susurró el maestro.

Las sirenas tenían medio cuerpo fuera del agua, y dejaban que los rayos de luna las bañasen mientras se limaban las uñas contra estrellas de mar. Eran preciosas, parecían humanas incluso, salvo porque estaban en el agua. El alumno ya sabía que a altas horas de la madrugada no había mujeres en el agua, porque nunca las había visto.



—Son criaturas maravillosas, pueden entender nuestro idioma, pueden hablarlo, y algunas cocinan muy bien —comunicó el maestro, muy serio—. Pero no las dejes cantar, porque te quedarás embelesado, y el tiempo que pases atrapado en su canto, será tiempo de mirar pechos que no aprovecharás.

—Lo tendré en cuenta, maestro.

El anciano asintió, y sin más ceremonias, se desnudó. El joven ya estaba acostumbrado a la desnudez de su mentor, aunque no le resultaba especialmente agradable la imagen de su cuerpo. Él también se desnudó, no sabía si era necesario para lo que iban a hacer, pero si su maestro lo hacía, él también quería sentir el aire fresco de la noche acariciándole la rabadilla.

Y fue entonces cuando el maestro salió del escondite, lanzando pedradas a diestro y siniestro, berreando palabras inconexas, con sus blancas nalgas bailoteando tras él.

—¡Calamares, hondonada, sandía! —berreaba.

Leal como era, el joven pupilo le siguió a toda velocidad, lanzando piedras hacia las sirenas. Ellas protestaban, gritaban, incluso alguna le tiró con muy mala idea una estrella de mar. Las más inteligentes se zambulleron, pero no eran esas las que buscaba el maestro, sino a las rezagadas.

—¡Hay que darle a una, si no, no podrás aprender! —berreaba el anciano.

Cloc.

El sonido atravesó la noche, arrancando una sonrisa a los labios del viejo mentor. Casi todas las sirenas se habían ido, las más rezagadas se estaban zambullendo, pero una de ellas iba a la deriva, hacia la playa, totalmente ida, con un hilillo de sangre bajándole por la frente.

—¡Así me gusta, muchacho. Te auguro un futuro maravilloso! —aseguró el maestro, orgulloso—. Vamos, ahora la tenemos que sacar del agua.

No fue fácil, pues la sirena todavía coleteaba, sin control, pero entre los dos lograron llevarla hasta la playa. Allí, con la sirena atontada por el golpe bajo los rayos de la luna, el maestro empezó a sollozar.

—¿Se encuentra bien, maestro? —preguntó el joven aprendiz.

Secándose las lágrimas con el dorso de la mano, el anciano maestro asintió.

—Es que... míralas... —susurró, con la voz tomada—. Muchacho, pocas cosas verás más hermosas en este mundo que un buen par de tetas...

El joven comprendía perfectamente el amor de su maestro por los pechos, las entrepiernas, los agujeros en el suelo, y la comida casera. Compartía casi todos los gustos del viejo, salvo alguno referente a los agujeros en los árboles y a orinar encima de ardillas, por lo que entendía la emoción de su mentor ante el pecho descubierto de la sirena. Era una criatura de pelo plateado, con un rostro delicado, muy hermoso, pero ninguno de ellos se fijaría jamás en su cara, de hecho, ninguno recordaría el color de su pelo siquiera. Realmente, aunque la sirena tuviese barba, ninguno habría reparado en ello, o al menos, de notarlo, se habrían limitado a encogerse de hombros y asumir que nadie es perfecto.

Fue entonces cuando el alumno bajó la mirada, siguiendo las insinuantes curvas de la sirena, hasta las caderas. Fue como una gran broma, como si alguien le diese un golpe brutal en las narices.

—Maestro..., ¿por dónde?

El viejo estaba ya muy ocupado en amasar los grandes pechos de la sirena, olisqueándole el cuello como un perro de caza. Levantó la mirada para negar despacio.

—Muchacho, no es una cabra, sino una sirena, y las cosas se hacen de un modo diferente con ellas. Mira, la haremos desovar.

Con la experiencia de un hombre que ya había hecho aquello millones de veces, el viejo maestro palpó en la cola de pez que arrebatava la visión de una mujer completa al alumno, y pronto apareció un líquido lechoso sobre la arena.

—¡Rápido, tienes que regar los huevos con tu semilla! —gritó el anciano—. Vamos, haz lo que te enseñé.

El alumno quiso decirle que había aprendido solo cómo funcionaba el onanismo, lo aprendió pegando las narices a las ventanas del burdel, lamiendo luego los cristales sin mucho éxito. Recurrió a las técnicas que aprendió del anciano mentor, y pronto su propia semilla cayó sobre los huevos que habían salido de la sirena.

—Ya, maestro —dijo, orgulloso.

Miró a su maestro, demasiado ocupado en abrazar los pechos de la sirena. Les hablaba, les susurraba cosas bonitas, les preguntaba por su día... Fue el momento en el que el joven alumno comprendió lo que era el amor. Su mentor lo sentía por los pechos, y algún día él mismo lo sentiría con parecida intensidad.

—Ya puedes decir que lo has hecho con una sirena —aclaró el anciano, sin alejarse ni un momento de su único objetivo.

Había sido bastante decepcionante, y el joven alumno, vigoroso como era, no podía conformarse con aquello.

—¿Y ya está, maestro? —preguntó.

Entonces el maestro se apartó de la sirena, mirando los pechos como si fuesen crías a las que deseara proteger, pero apreciaba a su pupilo.

—Hay más cosas que puedes hacer si tienes ideas —aclaró el anciano, esbozando una sonrisa amplia en sus labios—. Podría decírtelo, pero seguro que te divertirás mucho más si lo descubres por tí mismo. Recuerda lo que te enseñé a hacer con las cabras, muchacho.

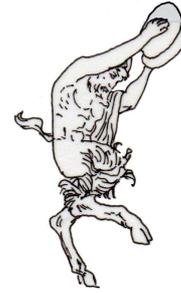
Y el mentor dejó a su alumno ante la sirena, pero aunque estaba decidido a permitir que su alumno aprendiese, no dejaba de vigilar aquellos pechos bañados por la luz de la luna.

Así, el joven alumno conoció el amor en muchas de sus formas, y pasó una noche inolvidable, y a la mañana siguiente, desayunaron pescado.



SÁTIRO

por Mc Encinas



Mi abuelo cada vez que nos visita, nos cuenta pasajes de su vida, sobre todo de la época de la Guerra Civil. Es escalofriante escuchar las barbaries de una guerra en la cual se mataban entre hermanos, aún así le escuchamos con agrado, nunca hay que olvidar el pasado además mi abuelo es un buen narrador. Hace unos días nos contó que después de la guerra él y otro joven, buscando el paradero del hermano menor de éste llegaron a un pequeño pueblo, de esos que no vienen en el mapa, y mientras saboreaban un trozo de buen chorizo y una hogaza de pan, les contaron la historia más extraordinaria jamás contada. Según los habitantes del pueblo, antes de la guerra habitaba en la vieja mina un sátiro con las patas y cola de un macho cabrío y cuernos en la cabeza. Los lugareños no le tenían ningún temor, aun así de vez en cuando les llevaban tinajas de vino como ofrenda, de esa manera el Sátiro no entraba en las casas para cogerlo por su cuenta, destrozando algunos enseres del hogar. Pero un día llegaron los soldados al pueblo, hubo disparos. Sólo estuvieron dos días al tercero se marcharon como si nada. Sin embargo la desolación y la pena quedó. Varios fueron los vecinos que murieron. Una vez llorados y enterrados, una joven contó que durante la contienda unos soldados intentaron abusar de ella, pero Sátiro la defendió, por ello fue el blanco de varias balas. Herido se retiró a la mina. Al escuchar el relato de la chica todos corrieron a buscarlo y curarle, pero ya había muerto. Como agradecimiento a su valentía y ayuda, le enterraron entre los otros fallecidos de aquella absurda guerra.

Como pueden suponer mi abuelo y su amigo no creyeron la historia, ya que los Sátiros sólo habitan en la literatura griega, pese a todo, la curiosidad les llevo hasta el cementerio y allí estaba la tumba con una lapida que decía: *Aquí yace Sátiro que su vida vio a cambio de la de una doncella.* Registrado

CUESTIÓN DE MÁRKETING

Por Félix Jaime



Estoy empezando a cansarme de esperar. Cuando les veo venir hacia mí, me pregunto si tendré suerte. La pareja perfecta. Él, medio calvo, con unos cuantos mechones descuidados a los lados, de color negro entreverados de blanco, y un bigote de morsa del mismo tono. Arrastra el carrito con desgana, rodeando con los cortos brazos su propia barriga cervecera. Lleva gafas de nácar con cristales de culo de botella. Anacrónicas. Todo en él refleja anacronismo. Lleva como bandera, bien visible, su desprecio hacia todo lo que signifique glamour. Su barba de tres días, sus grandes manchas de sudor en las axilas, su desmañada forma de caminar, su ropa barata, lo dicen todo de él. Sólo le faltaría un mondadientes bailoteando en la boca para certificar el conjunto de su mediocridad, de su naturaleza miserable.

Ella es diferente. Alta, morena, erguida, camina con los brazos cruzados y pasos largos, más lenta que el becerro que lleva al lado. Lleva media melena, tachonada de regueros blancos, pero muy cuidada. Es elegante, y siempre lo ha sido. Tiene la mirada triste y madura de toda mujer que presiente su cenit como tal, o que incluso ya lo ha sufrido.

Una pareja contrapuesta, como tantas otras que he conocido. A veces pienso que buscamos el contraste en la persona con la que deseamos compartir el resto de nuestra vida, sin saber

explicar muy bien el porqué. Meto la cabeza en el maletero del coche, como si estuviera colocando algo. Ellos se acercan al punto, situado a unos cinco metros del lugar en que me encuentro. Sí, es posible que hoy tenga suerte.

Me incorporo al tiempo que ella resbala en el aceite que he vertido un par de horas antes. Una mancha apenas perceptible en la oscuridad del hormigón pulido del aparcamiento. La caída es brutal. Se agarra al lateral del carro mientras sus piernas, muy esbeltas por cierto, se levantan separadas en el aire, con las puntas de los pies mirándose la una a la otra. Su cuidada melena se desmadeja, y su elegante fisonomía se transforma por un instante en una mueca de terror. Grita sin fuerzas, un quejido corto, pero rotundo. El becerro sujeta el carro para que no se vuelque sobre ella. Yo acudo presto y la ayudo a levantarse. Ha debido hacerse daño en algún punto de la cadera, porque se lleva la mano derecha a la espalda mientras esboza un gesto de dolor. La agarro con fuerza. Primer contacto. Es necesario que perciba mi firmeza. Es el paso previo a la confianza, como el apretón de manos entre dos hombres que se acaban de conocer. Ese apretón es muy importante para cerrar un buen acuerdo, como el contacto que estoy ejerciendo ahora sobre ella.

—¿Se encuentra bien, señora?

El marido me mira mientras la agarra también por el otro lado. Primer contacto visual. Es importante que perciba que quiero ayudarle, que estoy de su lado, que no soy un rival. Me deja hacer.

Creo que asimilé bien los tres años de márketing comercial, y que me voy superando día a día. Es importante desarrollar todos los conocimientos adquiridos, en todo momento y en todos los órdenes de la vida. Dar confianza para recibir confianza, no existe otro misterio en este campo.

Mirada profunda por parte de ella. Gesto de contrición por la mía. Queda claro en un efímero instante que me solidarizo con su dolor, que lo comparto como si fuera mío. Es importante este primer contacto visual. Se relaja.

— Estoy bien, estoy bien, gracias.

Poco a poco aflojo la presión. No conviene prolongar este primer contacto físico, para evitar que ella o su marido sospechen otras intenciones menos solidarias. Me agacho y toco el suelo con la punta de los dedos.

— Aceite. Seguramente algún coche lo ha perdido.

Me incorporo de nuevo y sonrío. Ellos me miran, pero no corresponden a mi gesto. Tengo que romper esa barrera, la barrera de la confianza. Eso es lo que más cuesta, pero una vez superada, se puede decir que hemos realizado más del setenta y cinco por ciento del trabajo, y en algunos casos, un porcentaje mayor. La mirada de ella se desvía hacia mis blanquísimos dientes. Se queda fija, como perdida, seguramente, después de años de estar contemplando la del becerro, sorprendida de encontrarse con una dentadura que no sea amarilla. Y entonces se obra el milagro. Una sonrisa esplendorosa ilumina poco a poco su rostro.

- Gracias.
- Por favor, señora, no hay de qué.

Percibo cierto recelo en la mirada del marido. Jamás ha llamado señora a su esposa, y no le gusta que un extraño lo haga. A ella sí, a ella sí le gusta. La mitad de la pareja ha roto la barrera de confianza, de eso no hay duda. Sólo queda la otra mitad. Me dirijo al marido.

- ¿Me permite que le ayude a colocar la compra en su coche? Parece que su mujer no está en condiciones de coger peso.

Ahora sí. Me sonrío. Acabo de romper la barrera de desconfianza. Trabajo cumplido.

- Si no le importa...Tenemos el coche aquí mismo.

No le ayudo a llevar el carro. Podría pensar que desconfío de su fortaleza. Les acompaño. Su coche, casualmente, está muy cerca del mío. Siempre he pensado que existe algo, algún ente superior, que vela por mis intereses desde el limbo. No creo en la suerte. A la suerte hay que ayudarla con la voluntad de que se produzca el hecho apetecido.

El maletero es grande, y está muy desordenado, con bolsas y papeles desperdigados en desorden por el espacio. Una muestra más de la calidad humana del marido, dueño y señor del vehículo. Mientras les ayudo a colocar los paquetes, pongo en marcha la primera fase.

- ¿Saben ustedes que lo que le ha pasado a la señora podría ser motivo de indemnización?
- Sí —dice ella con un gesto de resignación—, Ya me imagino, pero llevaría tanto papeleo, que no merece la pena.
- Eso es lo que piensa todo el mundo —contesto mientras saco del carro una enorme caja de detergente—, y sin embargo, resulta de lo más sencillo. Yo me dedico precisamente a eso.

Los dos me observan mientras me hago el distraído. Tardarán menos de cinco segundos. Es la ley del márketing. Una vez despertada la curiosidad, buscarán satisfacerla. Uno, dos, tres...

- ¿A qué se dedica usted? —pregunta él. Bingo.
- Seguros y reaseguros —sonríó mientras saco del bolsillo la tarjeta que ya tenía preparada. Se la entrego a él. Es vital mantener viva en su conciencia la posición de macho dominante que cree tener—. Salvador Villar, a su servicio. ¿Tienen hijos?
- No —responde ella mientras su marido esconde la mirada. Resulta evidente que tiene algún tipo de problema para tenerlos—. No podemos tener hijos.
- ¿Vive alguien en casa con ustedes?
- No —responde él—. Nadie.

Sigo colocando bultos. Empiezo a sentirme algo cansado. El carro parece no tener fin, pero es prioritario no mostrar interés alguno. Serán ellos lo que se ahorquen con el trozo de cuerda que les he dado.

- ¿Qué tipo de seguros? —pregunta ella.
- De todo tipo, señora. Desde seguros del hogar, hasta un seguro que la convertiría en millonaria con lo que le acaba de suceder.

Los dos se miran. He pronunciado las palabras mágicas. Nadie, por muy sensato que sea, es capaz de sustraerse a la posibilidad, por muy remota y absurda que pueda resultar, de convertirse en millonario de la noche a la mañana. Otra de las leyes del márketing. Hay que saber despertar la codicia que todos los seres humanos llevamos agregada a nuestros genes, a nuestro mapa de especie.

- ¿Y sale muy caro un seguro así?

Ni en la mejor de mis ensoñaciones se me hubiera ocurrido jamás que me iba a resultar tan sencillo. La pareja parecía de los desconfiados a ultranza, y me están abriendo sus corazones tras un par de frases. La desconfianza se eclipsa ante la codicia, artículo tres. El hombre ha formulado la pregunta con los ojos entornados, como dando por sentado de antemano que la respuesta no le va a satisfacer en absoluto.

- Más barato de lo que le cuesta un café diario. Y no de bar, sino el que se toma en su propia casa. Está demostrado.

He contestado rápidamente y con seguridad, para eliminar sus dudas de un mazazo. De repente, una ayuda inesperada me cae del cielo. La mujer se lleva el dorso de la mano a un costado y lo acaricia levemente de arriba hacia abajo.

— El caso es que me duele, Antonio...

Otra barrera que cae. Ella le ha llamado a él por su verdadero nombre.

— Tengo precisamente el seguro que mejor se adapta a lo que le acaba de pasar. Lo llevo aquí mismo, en el coche. No le resultaría nada caro. Una cuota de setenta euros al año.

Los dos se miran. Tienen que igualar apetencias, sensaciones. La codicia de uno tiene que hermanarse con la del otro. Es necesario para que se produzca un resultado positivo para nosotros. En este caso son dos. Los resultados son más tangibles en un grupo de personas. Cuando uno de ellos cae, los otros se ven obligados a seguirle, por motivaciones tan peregrinas como la envidia, el ansia de superar al otro, la mezquindad... Resulta gratificante comprobar cómo personas que se suponen maduras se convierten de repente en lemmings descerebrados.

— Pero no valdría, no nos pagarían si hacemos el seguro después de que mi mujer se haya caído.

La incitación a nuestra sacrosanta picaresca nacional. También hay un apartado importante sobre eso en el manual. El español entrará en picado en nuestros objetivos si le ofrecemos la chapuza de poder engañar a la compañía. Están en mis manos. Sonrío y guiño un ojo, tal y como muestran las fotografías de ejemplos de nuestra biblia.

— No se preocupe, señor. Pondremos fecha de ayer, y arreglado.

La beatífica sonrisa que se dibuja en sus caras mientras ambos se miran con los ojos brillantes, no deja lugar a dudas. Han caído en mis redes. La posibilidad de coger un buen pellizco de una compañía de seguros les enturbia el alma y la conciencia. No importa nada lo que les cueste, lo importante es estafar a alguien o a algo de una forma oficial, conmigo como asesor. Lo llevamos en los genes.

— Nos interesa —dice la mujer.

Junto las palmas de las manos, como dando por cerrado el trato. Comienza la segunda fase, la más importante.

- Muy bien. Me pongo a su disposición. ¿Podemos ir a algún lugar tranquilo para rellenar los papeles? —les concedo unos segundos para meditar. Como veo que no se deciden, les tiendo el anzuelo para llevarles a mi terreno— ¿Viven muy lejos?

Se miran otra vez, pero esta vez sin sonreír. Se han percatado de la segunda intención que encierra mi pregunta, y dudan. Al fin y al cabo, soy un desconocido para ellos. Abrirme la puerta de su casa no les agrada. Aunque claro, tampoco van a desperdiciar la oportunidad de trincar una considerable cantidad de pasta. Me imagino que el interior de su cerebro es un torbellino en estos momentos, con la codicia luchando contra la prudencia.

- No —contesta el hombre—, la verdad es que vivimos aquí mismo.
- Bueno, si no les importa, no tengo ningún inconveniente en que nos acerquemos a su casa a firmar los papeles. Así, de paso, estudiaremos también algún seguro de hogar que les puede resultar interesante.
- No sé...

La mujer está dubitativa. Ha llegado el momento de la falsa resignación. En estos momentos recuerdo cuántos quebraderos de cabeza me costó dominar esta técnica.

- Claro. Entiendo perfectamente sus dudas. Soy un completo desconocido, y están pasando tantas cosas... No se preocupen, voy a por los papeles y los rellenaremos aquí mismo.

Me vuelvo y avanzo unos pasos. Uno, dos, tres...

- Espere, por favor.

Es ella la que me llama. A veces me pregunto qué intrincado mecanismo del cerebro humano es el que nos empuja a confiar en alguien que nos ha hecho una referencia al peligro que entraña confiar en él. Los absurdos recovecos de la mente humana son inescrutables. Me vuelvo despacio, convencido de que la fase dos está a punto de empezar. Contesto mientras exhibo la más encantadora de mis sonrisas, mostrando de nuevo los dientes.

- ¿Sí?
- Vamos a nuestra casa —dice ella mientras lee la aprobación en los ojos del marido—. Estaremos más cómodos.
- Como ustedes prefieran. Les sigo.

Tras unos minutos, llegamos a una zona de viviendas adosadas, parecidas a todas las viviendas adosadas que se desperdigan sin orden ni concierto por el país. Al fin y al cabo, la manipulación de las conciencias es un arte, y los colegas promotores son tan artistas como nosotros en esto de vender motos. No hay nada mejor que apelar al superior estatus que proporciona ser propietario de uno de estos monstruos, a pesar de que su precio resulte sensiblemente inferior al de un piso situado en una buena zona de la capital.

Ellos entran en el garaje. A media rampa, el marido detiene el vehículo y saca medio cuerpo por la ventanilla.

— Aparque en la puerta. Ahora mismo le abro desde dentro.

Cuando bajo del coche, suena la chicharra de la cancela exterior. La empujo y accedo a una zona ajardinada en plan cuento de hadas, con enanos de piedra de color blanco, tortugas con luces en el caparazón, plantas de todos los colores mezcladas sin orden ni concierto, y un césped lleno de calvas. Deben de llevar bastante tiempo viviendo aquí, cuando ya se han aburrido de cuidar el jardín.

Subo los tres peldaños de la entrada y pulso el timbre, situado a la derecha de una enorme puerta de chapa pintada en tono marfil, con cuarterones y adornos de tipo inglés. La hoja se abre, y me encuentro frente a la mujer, que sonríe mientras se pasa la mano por su sedoso pelo.

— Pase, por favor.

Miro el felpudo que estoy pisando. Al levantar el pie derecho y traspasar con el mismo el umbral, noto una repentina sensación de inusitado placer que me recorre la espalda. Ya está.

— Con su permiso, señora.

El marido me espera en el vestíbulo. Los abigarrados muebles que lo llenan, uno de ellos con un espejo en el que no puedo evitar mirarme, apenas dejan entrever el blanco gotelé de las paredes. Me señala una puerta, seguramente la del salón, y me invita a seguirle.

— Por aquí, por favor.

— Les ruego que me disculpen. ¿Podría beber un vaso de agua antes? Estoy muerto de sed.

— Claro que sí —contesta ella—. Pase aquí, a la cocina. También podemos firmar ahí, querido.

La cocina es amplia, con el fregadero a la izquierda, bajo la ventana que da al frente de la vivienda, y una mesa de pino con cuatro sillas, pegada a la pared de la derecha. Dejo sobre el tablero los papeles que he traído. La mujer me tiende un vaso ancho, con una imagen de Homer Simpson incrustada en él. Me acerco al fregadero y abro el grifo del agua fría. Pongo la mano bajo el chorro. Sí, sale lo suficientemente fría para mi gusto. Lleno el vaso y me lo llevo a la boca. Bebo mientras observo que el marido mira atentamente los papeles que he dejado sobre la mesa. Se cala las gafas para verlos mejor. La mujer, cruzada de brazos y sonriente, se mantiene junto a mí, esperando probablemente a que acabe de beber. El marido entorna la mirada.

— Pero... Dios mío, ¿qué es esto?...

Todo sucede a la velocidad del rayo. Casi sin dejar de beber, me quito las fundas de los dientes. Al volverme hacia la mujer y mostrarle mi verdadera dentadura, se le borra la sonrisa de la cara, transformándose en una mueca de terror. Quiere gritar, pero no puede. No noto la menor resistencia cuando le arranco la mitad del cuello de un mordisco. Mientras su sangre salpica por todas partes y empapa mis manos, que la sujetan para que no caiga al suelo, la vida se le escapa en un momento, y sus ojos se tornan blancos. El pelo se desmadeja. Ya no es tan sedoso como cuando se lo acariciaba un momento antes. Jamás entenderé por qué el pelo humano se desmadeja de repente ante una situación de terror, pero ocurre. Lo he comprobado en tantas ocasiones...

Su carne sabe extraña, ligeramente amarga, pero no me disgusta. No entiendo qué necesidad tiene la gente de perfumarse el cuello para ir al supermercado, a menos que se haga para evitar olores corporales desagradables. Mientras la mastico con placer, me vuelvo hacia el marido. Lo que yo suponía, está paralizado. Pálido, con la boca abierta, es incapaz de hacer nada. Dejo a la mujer con cuidado en el suelo, y me dirijo hacia él. Me está esperando, no puedo defraudarle.

Escupo el pedazo de carne de su esposa mientras clavo las uñas en su garganta. No quiero morderle, porque me da un poco de asco su barba de tres días. Le quito las gafas y las deposito con cuidado sobre la mesa. Voy a estrangularle. Su garganta es gruesa, y late bajo mis garras como un caballo desbocado. Me cuesta. Miro a la izquierda, y cojo un largo cuchillo de cocina del cuchillero negro de plástico situado al lado del fregadero. ¿Para qué voy a seguir haciendo fuerza con los dedos?

Sus manos no se mueven cuando apoyo la punta del cuchillo bajo el esternón y hundo la hoja rápidamente hasta la misma empuñadura. Mantiene la mirada clavada en mis puntiagudos dientes. Un abundante borbotón de sangre surge de la herida cuando retiro el cuchillo para

clavarlo de nuevo, esta vez desde el bajo vientre hasta la tetilla derecha. Sus ojos se entrecierran y se quedan blancos cuando la pupila se retira lentamente hacia arriba y las tripas salen disparadas hacia las baldosas . Pesa mucho, me resulta imposible sostenerle. Le dejo resbalar hasta el suelo.

Me siento en una de las sillas de pino. El cuadro no ha quedado del todo mal. Más tarde colocaré el cadáver de él junto al de ella, para mejorar la escena. El salpicado ha quedado muy chulo. El color del azulejo hace que la sangre destaque mucho, como en la sala del matadero en la que trabajé durante tantos años.

Creo que haré un par de fotografías, para acompañar a las otras que he dejado sobre la mesa, metidas en una carpetilla de plástico. Luego me liaré con los cuerpos, hasta la noche. Una maravillosa merienda cena, y lo que sobre, a las bolsas refrigeradas que guardo en el coche.

Todo ha salido según lo esperado, y en menos tiempo de lo que me imaginaba. Se me ha dado muy bien, no me puedo quejar, pero también es verdad que voy depurando la técnica día a día.

Al fin y al cabo, sólo es cuestión de márketing.

ESE TIPO CON BARBA Y TRAJE ROJO

Carlos del B. Iglesias

Nunca me he fiado mucho de ese tipo cabrón que se oculta bajo una barba blanca.

Como bien sabéis, originariamente, el color de la vestimenta de Santa Claus (Papá Noel) era verde, pero una conocida marca de bebidas espirituosas que no era PEPSI, era la COCA COLA, le cambió el color de la esperanza por el rojo, y así nos le hemos comido durante todo este tiempo, con polvorones. Es decir, es presa del capitalismo, pocos valores.

El viejete tiene pinta de ser demasiado buena persona, pero analizad unas cosas: ¿no le gustan demasiado los niños cual cura de Córdoba? ¿esa nariz es de frío o es de ingerir Gin-tonics? ¿"Ho-ho.ho" es todo lo que puede decir después de tanto tiempo currando en nuestro país? ¿no está usurpando el puesto a nuestros queridos Reyes Magos de una manera rastrea? ¿es Falete disfrazado? ¿no tenía que estar jubilado jugando a la petanca en Benidorm ya? ¿por qué no tiene paquete? ¿ese pelo largo quiere decir que cuando no curra se pone coleta y hace política?

Demasiadas preguntas por contestar.

Es otra de las tradiciones importadas, como Halloween, como el Black Friday, como Dinio, como citar a Coelho...

Este señor nunca ha tenido relaciones serias. Hace apología del golfo soltero que va recorriendo los países de casa en casa y que sale discretamente de las mismas sin despertar a la gente.

¿Y esa piel del traje? ¿es sintética o es de verdad? ¿es vegano?

Esa relación con los renos, ¡por Dios lo que canta!, que les pone nombres y todo como hacía mi tío Ufrasio con sus ovejas, esas con las que pasaba momentos de soledad e intimidad en el campo. ¿No lo veis? ¿amor o sexo?

Esos Reyes magos, tan tan...magos, que han sido desplazados por este europeo del norte. Siempre nos joden, bien se llame Merkel, Bayern de Munich o la selección noruega de balonmano... Me entristece.

Sobrevaloramos a este tipo. El año pasado le pedí una novia y no me hizo caso...no es un tipo serio. Volvamos a los Reyes Magos, antes de que devuelvan a Baltasar "en caliente". Esos son tipos serios y nada sospechosos... o puede que sí que lo sean, mi opinión no vale mucho porque soy primo de Floriano.



El baile de máscaras

Enone Cantosereno

La música de los violines inundaba la sala en la que cientos de personas, apenas reconocibles bajo las máscaras, bailaban y reían celebrando el final de un invierno más frío y cruel de lo normal. Todos los miembros de las grandes familias de Eileen estaban allí, disfrutando de los cálidos ponches aromatizados con canela y de las delicias que los cocineros del rey habían preparado para aquel día.

Al fondo, junto a las vidrieras que conmemoraban la fundación de la ciudad, el rey y la reina observaban con satisfacción a sus nobles, conscientes de que aquel baile reforzaría las alianzas que mantenían con algunas de aquellas familias y serviría para forjar alguna nueva. La reina sonrió señalando levemente con la cabeza a dos figuras que se hallaban inmersas en un baile rápido.

—Katia se está divirtiendo—comentó la reina.

—Friederic es un buen muchacho—contestó él con una sonrisa igualmente satisfecha—. La unión nos bendecirá de muchas formas, Lilia.

La música del baile había cambiado y los bailarines, con los ojos brillantes por la emoción, se alejaron para hacer la reverencia acostumbrada antes de empezar a bailar la siguiente pieza. Sin embargo, los reyes observaron con preocupación y sorpresa cómo su hija, con una sonrisa, despedía a lord Friederic para dar la mano a un nuevo bailarín.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó la reina.

—Liam—llamó él y un hombre de aspecto amenazante se acercó al trono—. Averigua quién es ese hombre que está bailando con mi hija.

—Sí, majestad—respondió él, sin alzar la vista hacia la pareja real.

La música había vuelto a sonar, envolvente y embriagadora, haciendo que los bailarines volviesen a mecerse alrededor de la sala como si fuesen hojas impulsadas por el viento. Katia sonreía a su nuevo acompañante y estudiaba con interés los rasgos que no quedaban ocultos tras la extraña máscara que cubría su rostro. Los ojos, azules como el cielo veraniego, la observaban con lo que ella intuía que era una pizca de diversión, algo que se veía reflejado también en sus labios.

—¿Quién sois?—se atrevió a preguntar mientras giraban al son de la música—. Juraría que no os conozco de antes.

—Y, sin embargo, habéis aceptado este baile—comentó él con una sonrisa traviesa—. Cualquiera otro pensaría que estabais buscando a alguien que os alejase del joven con el que estabais bailando.

La muchacha frunció el ceño sin saber qué responder a aquella insinuación. Era cierto que su baile con Friederic no había resultado tan agradable como ella esperaba, sobre todo porque el joven había decidido aprovechar aquel momento para hablar con ella acerca de las parcelas que poseían y cómo su matrimonio podría mejorar la estabilidad política del reino; pero, ¿había resultado tan evidente su incomodidad? El desconocido que la tomaba delicadamente entre sus brazos parecía haberse dado cuenta, desde luego.

—¿Tan evidente resultaba, mi señor?—preguntó ella intentando sonar menos nerviosa de lo que en realidad estaba.

—No—respondió él con dulzura—, solo un buen observador se habría dado cuenta de ello.

—¿Eso quiere decir que vos me estabais observando?—inquirió ella divertida antes de girar sobre sí misma.

—No podría negarlo—contestó él —, pero no creo que vos me creyeráis a estas alturas.

—No—admitió ella riendo.

La música cesó y ellos se quedaron en suspenso, mirándose con intensidad mientras el resto de parejas se disolvía y el salón empezaba a despejarse.

—Parece que es hora de descansar, alteza—comentó él, mientras se separaba de ella con una sonrisa—. Ha sido un placer—dijo mientras hacía una reverencia.

—Espera—pidió ella conteniendo el aliento mientras esperaba que él se girase.

—¿Sí?

—No me has dicho tu nombre—contestó con una sonrisa coqueta y el corazón latiendo a mil por hora.

—¡Ah!—exclamó con suavidad y, mientras lo hacía, se acercó a ella y se inclinó hasta que su rostro rozó el de ella—. Quizás en la siguiente ocasión logres descubrirlo, princesa—susurró y Katia notó el cosquilleo de su aliento acariciando su cuello.

—Majestad.

Katia sintió que el calor que momentos antes había envuelto su cuerpo desaparecía dejando pasar a un frío intenso. Abrió los ojos sin entender bien qué había pasado y vio el rostro grave de Liam, el consejero y guardia de su padre, a pocos pasos y, de pronto, fue consciente del perfume dulzón de su acompañante y de la cercanía entre sus rostros. Él sonreía, travieso, mientras se alejaba de ella y se inclinaba respetuosamente, como si nada hubiese pasado.

—¿Qué pasa, Liam?—preguntó ella enfadada con aquel hombre que había roto el hechizo.

—Será mejor que venga conmigo—dijo él y, a pesar de que no se lo había ordenado directamente, Katia sabía perfectamente que aquello no era una petición—. Sus padres quieren hablar con usted.

Los ojos azules del desconocido la observaban claramente divertidos y ella sintió cómo sus mejillas empezaban a arder antes de girarse para buscar el rostro de sus padres. Los dos la miraban con semblante serio y Katia supo que su baile con el desconocido no había pasado desapercibido.

—Majestad, ha sido un auténtico placer disponer de este baile con usted—dijo el desconocido y Katia le observó intrigada mientras se inclinaba para besar su mano con elegancia—. Mañana a medianoche estaré en el jardín, junto a la fuente.

—El placer ha sido mío, milord—contestó ella turbada al escuchar la cita susurrada—. Espero volver a verle pronto.

El desconocido sonrió y, con una leve inclinación hacia Liam, se alejó de ellos, confundiendo entre los invitados enmascarados. Katia se mantuvo inmóvil, con una sonrisa satisfecha en los labios, hasta que notó la mirada de Liam clavada en ella con impaciencia. Entonces suspiró y siguió a su escolta hasta los tronos de madera tallada en los que sus padres se encontraban.

Katia paseaba a oscuras en su habitación sintiéndose como una estúpida por lo que estaba a punto de hacer. Sus padres le habían prohibido expresamente que volviese a ver a aquel hombre, pero ella no podía olvidar el olor afrutado de su cuerpo ni la calidez de su aliento contra su piel. Por no hablar de sus ojos y sus labios que habían estado presentes en sus sueños de maneras que aún la hacían enrojecer al recordarlas. Se detuvo junto a la ventana y la abrió para acceder al balcón. La luna estaba llena y, aunque algunas nubes cubrían el cielo, los jardines tenían una iluminación tenue, casi mágica. «Es como en los cuentos que mi madre me contaba de pequeña», pensó con nostalgia.

En la distancia, el reloj de la torre empezó a sonar para anunciar la llegada de la medianoche. Katia suspiró y, armándose de valor, abandonó la seguridad de sus aposentos para adentrarse en las sombras del jardín en el que tanto buenos momentos había pasado. Los senderos, cuidados y hermosos a la luz del día, resultaban tenebrosos a esas horas y Katia sintió la necesidad de acelerar sus pasos mientras se cubría el rostro con la capa negra que había escogido para la ocasión. Pronto la pequeña plaza en la que se encontraba la fuente dedicada a las estaciones apareció ante sus ojos y allí, sentado en el borde, esperaba una figura alta y encapuchada. Katia se detuvo sin saber bien si aquello era buena idea. Miró tras de sí y suspiró. Ya no podía echarse atrás.

—Veo que has acudido a la cita—comentó la figura—. Me alegra volver a verla, majestad.

Katia se acercó a la fuente y la figura se levantó con elegancia. El joven desconocido se acercó hasta ella y, con la capucha cubriendo su rostro, se inclinó y tomó su mano para besarla. Katia sintió un escalofrío y, de nuevo, el calor que se apropiaba de todo su cuerpo.

—Me dijiste que la próxima vez adivinaría tu nombre—dijo ella con dulzura.

—Es cierto, Katia—respondió él con cierta diversión—, pero, dime, ¿qué cambiaría el hecho de conocer mi nombre?

La joven iba a contestar cuando su acompañante se quitó la capucha y dejó al descubierto un rostro hermoso en el que sus ojos, completamente azules, resaltaban gracias al color oscuro de su cabello. Él se acercó y, tal y como había hecho en la fiesta, acercó sus labios a su oído, haciendo que un nuevo escalofrío recorriese su cuerpo.

—Dime, Katia, ¿te agrada mi rostro?—susurró el desconocido mientras sus manos apartaban los mechones que cubrían sus oídos.

—Eh...sí..claro—balbuceó ella sintiendo que empezaba a sonrojarse.

—A mí también me agrada tu rostro—contestó él acercándose tanto que Katia pudo sentir cómo el vello de su cara rozaba su rostro—. Me gustan tus ojos porque me recuerdan el color del verano, ¿sabes?—continuó él con una voz seductora—. Pero también me gusta el color oscuro de tu pelo, negro como la noche, y tu olor...tan dulce...

Katia gimió al sentir sus manos acariciando su espalda y él se separó con una sonrisa torcida que le hacía parecer aún más atractivo, pero también peligroso. La joven dio un paso atrás al ver la amenaza que se ocultaba tras aquel rostro angelical, pero su cuerpo parecía pensar lo contrario y se negaba a continuar con la huida.

—¿Quién eres?—susurró ella expectante.

—No importa cómo me llamo, princesa—contestó él con dulzura—. Lo que importa es lo que ambos queremos.

Katia sentía el corazón palpar con desesperación dentro de su pecho mientras él se acercaba y posaba una de sus manos sobre su mejilla. En su interior el fuego había vuelto a inflamarse cada terminación y sentía la necesidad imperante de que aquel hombre desconocido de mirada salvaje se acercase a ella más.

—Así pues, princesa, ¿qué es lo que ambos queremos?

Katia apenas pudo empezar a pensar una respuesta antes de que los labios de él se posasen en los de ella con una salvaje dulzura que la hizo gemir de placer. Entonces sintió que su cuerpo respondía a aquel estímulo y se arqueaba para acercarse al cuerpo de aquel hombre que, con su mera presencia, había conseguido despertar el fuego de su interior. Las manos de él continuaban posadas sobre su rostro, pero su cuerpo se había acercado tanto a ella que podía sentir el calor que él irradiaba y el dulce aroma que des-

pedía. Volvió a gemir cuando una de las manos abandonó su rostro para posarse sobre la parte baja de su espalda y, entonces, cuando ya creía que no podría soportarlo más, él se alejó de ella, con una sonrisa traviesa.

—¿Quieres pasear conmigo, princesa?—preguntó al tiempo que se ponía a su lado y tomaba galantemente su brazo.

Cada paso resultaba una tortura. Apenas podía resistir la tentación de mirarle y, cada vez que lo hacía, él inclinaba el rostro para depositar un beso cargado de promesas en sus labios anhelantes. Ella gemía cuando él alejaba los labios y él sonreía mientras avanzaba, con seguridad, por senderos que Katia no reconocía. Y, así, pronto llegaron al invernadero de su madre, allí donde ella cultivaba sus preciadas flores. Katia se sorprendió de que aquel hombre supiese dónde estaba el invernadero, ya que se encontraba en una parte privada de los jardines y eran pocos los que conocían su existencia. Aun así, él la condujo al interior y, una vez que hubo cerrado la puerta, se abalanzó de nuevo sobre ella. Su lengua jugó con sus labios mientras sus manos recorrían con la seguridad de un experto el cuerpo tembloroso de la joven que, entre espasmos de placer, luchaba por arrimarse al de él. Apenas fue consciente de que él estaba quitándole la ropa y tampoco la importó, se dejó llevar y gimió cuando, en medio de un beso intenso y húmedo, él la arrastró al suelo y se puso sobre ella. Entonces, mientras su cuello recibía los ataques de la boca del desconocido, Katia se sintió desfallecer de placer y gimió al tiempo que rodeaba el cuello de él con sus brazos desnudos.

La claridad del sol hizo que se revolviese y abriese los ojos lentamente. Primero vio las flores y después su ropa, amontonada en el suelo. Katia se sonrojó al darse cuenta de que estaba totalmente desnuda en el invernadero de su madre y se irguió sobresaltada al escuchar voces en el exterior. Buscó al joven desconocido, pero no había nadie con ella.

—¿Qué has hecho, niña?

Katia se horrorizó al reconocer la voz de su madre teñida de miedo y se giró para encontrarse con ella a su espalda. La reina estaba pálida y las flores que llevaba en sus manos se habían caído a sus pies. Los ojos de su madre fueron de su cuerpo desnudo al montón de ropa que había a su lado y Katia siguió también la mirada de su madre para encontrar que, sobre el vestido que él la había quitado la noche anterior, descansaba la máscara con la que el desconocido había cubierto su rostro en la fiesta. Katia gimió al incorporarse. Se sentía totalmente dolorida y avergonzada. Había entregado su virginidad a un completo desconocido, un desconocido al que no sabía siquiera si volvería a ver.

—Te dijimos que te alejarás de él, Katia—musitó su madre horrorizada y con los ojos llorosos—. Debiste hacernos caso...

—Mamá...yo...—balbuceó ella, pero la verdad era que no sabía qué decirle—. Lo siento.

—No lo entiendes, hija mía—sollozó mientras se arrodillaba junto a su hija y la besaba en la frente—. Te has entregado al Oscuro y ahora le perteneces.

Katia frunció el ceño al escuchar el nombre de aquel ser de leyenda que las madres solían usar para asustar a los niños que no querían permanecer en casa al anochecer. Su madre le había contado muchas historias sobre el Oscuro, pero el joven con el que había pasado la noche era tan humano como ellas.

—Estás equivocada, mamá.

—Eso da igual—suspiró ella con resignación—. A partir de ahora tu hogar ya no es este, Katia. Quedas expulsada de esta casa. Que las sombras te acojan.

Katia observó aterrorizada como su madre se levantaba y salía del invernadero sin mirar hacia atrás. Las historias decían que las jóvenes que yacían con el Oscuro quedaban malditas y debían ser expulsadas de sus hogares para que pudiesen encontrar consuelo en las sombras de los bosques, pero eran solo leyendas. Eso no podía estar pasando. Ella había cometido un error, eso lo entendía, pero su madre no podía creer de verdad que el Oscuro existía...

—Princesa.

Katia se sobresaltó y buscó el origen de la voz hasta distinguir, entre las sombras, la figura del desconocido que la miraba con una sonrisa satisfecha.

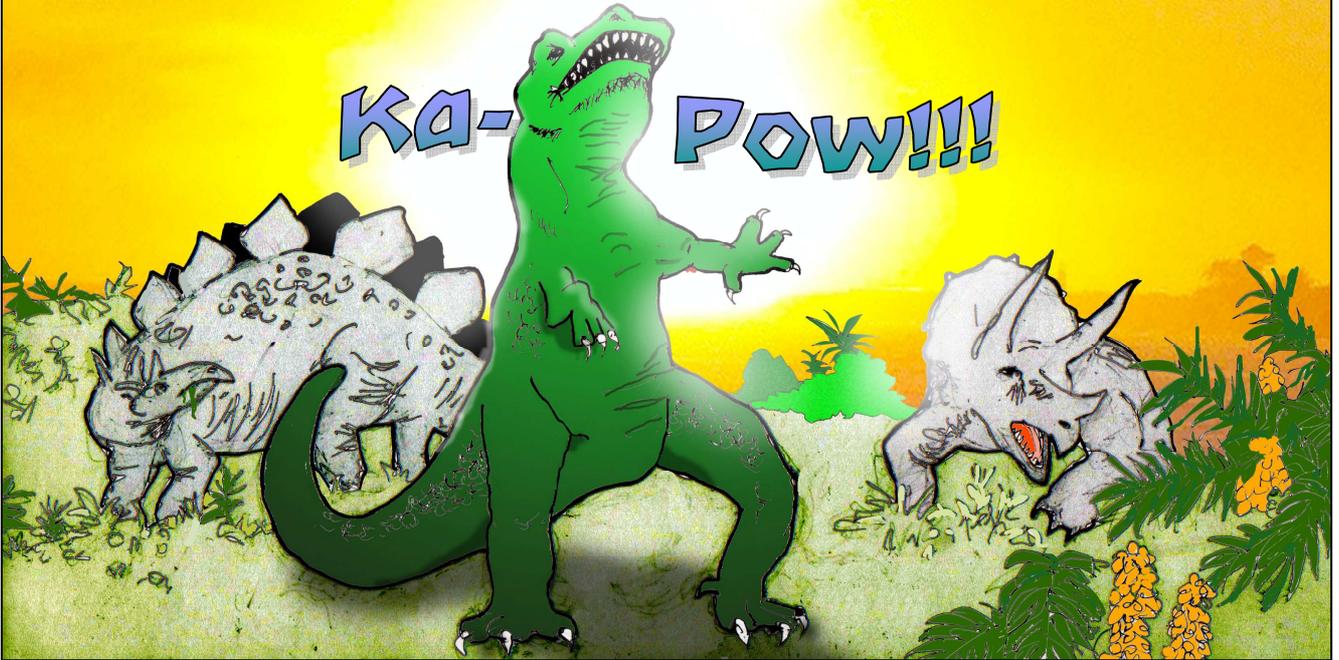
—Debes contarles la verdad—suplicó ella—. No pueden creer que tú eres un ser de leyenda...—su voz se quedó sin fuerza cuando sintió que sus dedos, ansiosos por acariciar el rostro de aquel joven, traspasaban la imagen como si fuese una sombra—. No puede ser...—sollozó dejándose caer en el suelo y cogiéndose el rostro con las manos—. Me has engañado...

—Querida mía, tú lo deseabas tanto como yo lo hacía—contestó él y, agachándose a su lado, tomó su rostro entre sus manos—. Ven, princesa, yo te guiaré a tu nuevo hogar.

Soy el último tiranosaurio de la Tierra. Sobreviví a la extinción gracias a un golpe de suerte.

ZOUMMMM!!!

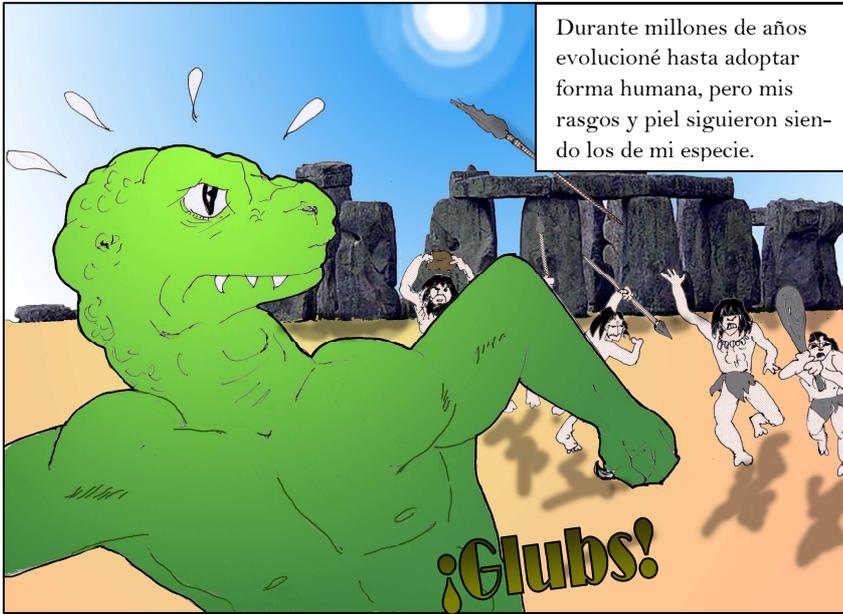
Ka-POW!!!



AMOR DE BOLSILLO

Pero la suerte me trajo, a su vez, una maldición. La inmortalidad en un mundo sin vida





Durante millones de años evolucioné hasta adoptar forma humana, pero mis rasgos y piel siguieron siendo los de mi especie.

¡Glubs!



Vivo medio oculto bajo mis ropajes, pues mi apariencia impide que muchos me acepten. Los humanos sois así. No todos. he de aclarar.



Pero, una y otra vez, veía como aquellos con los que sintonizaba se marchaban, obligándome a comenzar de nuevo.



Hasta que un día...

¡Hola!



¿Qué puede empujar a un ser como tú hasta el mar? Creí que lo odiabais.

Me recuerda a cuando la naturaleza reinaba en el mundo.

Durante mucho tiempo disfrutamos de nuestra compañía. El resto del mundo parecía desaparecer cuando estaba con ella.



Un día se enfadó conmigo por mi relación con los humanos y sus palabras me dañaron

Pero... ¡Conchi!



¡Soñador! ¡Ignorante!

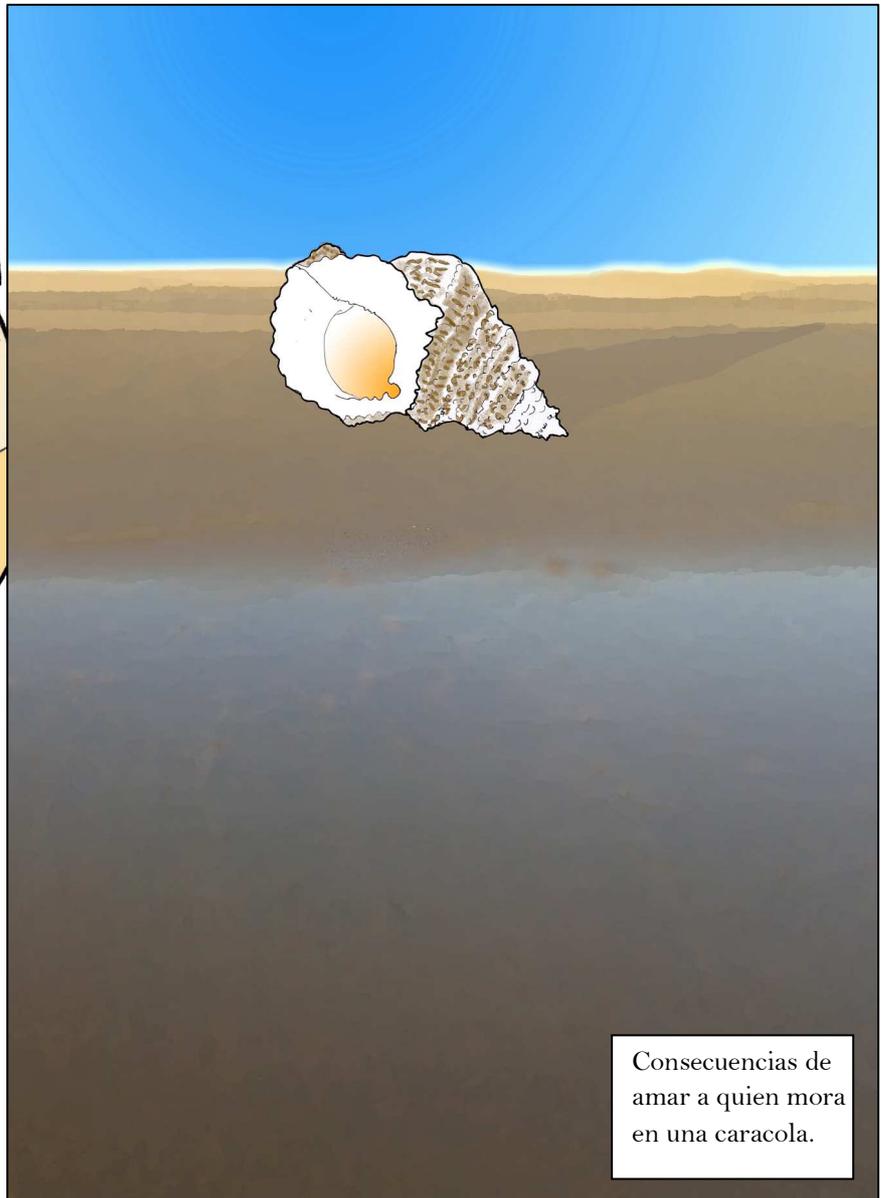
Se encerró en su casa. Le rogué día y noche para que volviera a hablar conmigo.



Aunque accedió a salir, nunca volvió a ser la misma. Su voz sonaba fría y distante. Hasta que un día se encerró de nuevo. No la veo desde entonces.



Mas la llevo siempre conmigo, en mi corazón de tiranosaurio y el bolsillo de mi gabardina.



Consecuencias de amar a quien mora en una caracola.